



Enrique Gómez

Del amor, del  
Dolor y del Vicio

**E** LEJANDRIA



Enrique Gómez

Del amor, del  
Dolor y del Vicio

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# **DEL AMOR, DEL DOLOR Y DEL VICIO**

**ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO**

**PUBLICADO: 1898**

**FUENTE: ES.WIKISOURCE.ORG**

**EDICIÓN ORIGINAL: LA CAMPAÑA, PARÍS,**



# ÍNDICE

|                    | Págs. |
|--------------------|-------|
| <u>DEDICATORIA</u> | 5     |
| <u>I.</u>          | 9     |
| <u>II.</u>         | 17    |
| <u>III.</u>        | 25    |
| <u>IV.</u>         | 33    |
| <u>V.</u>          | 41    |
| <u>VI.</u>         | 53    |
| <u>VII.</u>        | 65    |
| <u>VIII.</u>       | 75    |
| <u>IX.</u>         | 85    |
| <u>X.</u>          | 93    |
| <u>XI.</u>         | 103   |
| <u>XII.</u>        | 113   |
| <u>XIII.</u>       | 121   |
| <u>XIV.</u>        | 129   |
| <u>XV.</u>         | 139   |
| <u>XVI.</u>        | 147   |
| <u>XVII</u>        | 157   |
| <u>XVIII.</u>      | 163   |
| <u>XIX.</u>        | 173   |
| <u>XX.</u>         | 183   |

|                                |     |
|--------------------------------|-----|
| <a href="#"><u>XXI.</u></a>    | 193 |
| <a href="#"><u>XXII.</u></a>   | 203 |
| <a href="#"><u>XXIII.</u></a>  | 213 |
| <a href="#"><u>XXIV.</u></a>   | 219 |
| <a href="#"><u>XXV.</u></a>    | 227 |
| <a href="#"><u>XXVI.</u></a>   | 235 |
| <a href="#"><u>XXVII.</u></a>  | 239 |
| <a href="#"><u>XXVIII.</u></a> | 247 |
| <a href="#"><u>XXIX.</u></a>   | 251 |

## DEDICATORIA Á LUIS BONAFOUX

*Mi muy querido amigo: Aquí tiene Ud., al fin, esa novela mía de la cual tanto hemos hablado durante estos últimos dos meses.*

*Es una novela muy corta y que parecerá muy inmoral al público. Pero ¿que es lo que el público llama inmoralidad? ¿La descripción de un acto criminal ó vicioso? No, puesto que todos tienen derecho á describir asesinatos, robos ó borracheras. ¿El relato de las acciones contrarias á la naturaleza? No; tampoco. La inmoralidad reside sencillamente en la pintura de uno de los actos más naturales, del más natural quizás, de ese acto que muchos millones de seres humanos ejecutan en este mismo instante, y que yo, sin embargo, no me atrevo á designar sino con la frase consagrada de «comuni6n de los sexos». Dos personas se sientan ante una mesa, y el novelista puede decir: «comieron»; dos enemigos se encuentran en una esquina, y el novelista puede decir: «se acuchillaron»; dos obreros entran en una taberna, y el novelista puede decir: «se emborracharon»; pero dos enamorados se acuestan juntos en una misma cama, y el novelista no puede decir lo que hicieron... ¿Por qué? Porque es inmoral. Pero ¿y por qué raz6n es inmoral? Sin raz6n alguna, porque sí...*

*Si fuésemos á razonar, veríamos, al contrario, que lo inmoral es que dos enamorados se acuesten juntos para estarse quieros. Mas en esto no caben razonamientos. Es inmoral, y se acabó.*

*... Tan inmoral es, en efecto, que aun los autores antiguos, los Longo, los Rojas, los Brantome, se guardaron siempre de describir el acto mismo, contentándose con sugerirlo ó con indicar su principio, sin analizar sus varias fases. Y es lástima, porque nada sería tan apasionante, tan vivo, tan lleno de interés, como la confesión sincera y sutil de un ser humano en esos breves minutos que van del Deseo al Espasmo.*

*«El arte puede expresarlo todo», dicen los artistas.*

*Es cierto.*

*Rodin, el más genial escultor de nuestra época, ha representado en su Puerta del Infierno las mil formas de la pasión humana, y sus grandes bajos relieves son el Deseo, y la Posesión y el Espasmo; y son, también, la Caricia que vive, que dura, que palpita...*

*Nada, en la novela moderna, es tan intenso como esa síntesis divinamente carnal del maestro escultor. La literatura nos ha dado mil y mil croquis fragmentarios de la vida de los sentidos, pero nunca un cuadro que evoque la visión completa. «Por las cerraduras —dice Emilio Zola— se ven extremos de desnudeces y de blancuras de piel; nada más.»*

*... Nada más en efecto. Una antología compuesta de páginas de Zola, de Barbey, de Catulle Mendés, de Goncourt, de Paul Adam, de Silvestre, de Peladán, de Maupassant, de Prevost, de Mauzeroy, de todos los grandes inmorales, en fin, sería tal vez el más admirable cinematógrafo para hacernos ver los gestos aislados de la Lujuria; mas no nos ofrecería una sola escena completa del sacrificio á Venus.*

*Mi novela tampoco la ofrece, ni mucho menos. Comparada con obras francesas de la misma índole, es novela tímida, lo cual no obstará para que los periódicos de España y América me llamen de nuevo licenciado y para que el Gobernador de Sevilla me declare otra vez inmoral por medio de un decreto...*

*Le quiere tanto como le admira, su muy suyo*

E. G. C.

# I

Al volver del cementerio, Liliana se encerró en su alcoba con la firme intención de no recibir á nadie, ni aun á sus más íntimos amigos. Sin estar precisamente triste, sentíase poseída por una vaga melancolía y experimentaba un temor supersticioso de desgracias futuras. Todo lo que iba á suceder al día siguiente, inspirábala inquietudes angustiosas; y su imaginación, exaltada por las vigiliass y por las emociones, hacíaala sentirse rodeada de mortales enemigos dispuestos á luchar contra ella, á calumniarla, á lanzar acusaciones terribles sobre su vida anterior... Y teniendo muchos amigos y algunos parientes, sentíase aislada en medio de perseguidores desconocidos.

Para descansar y, sobre todo, para escapar á sus crueles ideas, tomó una fuerte dosis de cloral y se echó sobre un sofá, rogando mentalmente á la Virgen que la permitiera dormir durante algunas horas.

Al cabo de breves instantes una inmensa pesadez —una modorra nunca sentida— apoderóse de sus miembros, sumiéndola en un estado casi letárgico que, sin suprimir en su ser el conocimiento y la sensación, la hacía ver la existencia pasada como á través de un velo fantasmagórico. Toda su niñez, toda su adolescencia, toda su juventud, los dolores y los goces muertos, la trama completa de su

vida, en fin, desarrollábase, lenta y metódicamente ante ella, en teorías de imágenes pálidas y de pálidas visiones...

Su madre había muerto cuando ella era ún muy pequeñita, muy pequeñita, sin dejarle más recuerdo preciso que el de los grandes trajes de seda entre cuyos pliegues solía ella esconderse para que «papá» no la viese. Su nodriza había sido muy tierna para con ella, y su padre la había querido apasionadamente. Una mañana, á la hora del almuerzo, su padre no fué á darle el beso de costumbre. «Está en el campo», la dijeron. Antes de acostarse tampoco vió á su padre. «Está en el campo», le dijeron de nuevo. Sin tener una idea exacta de la muerte, echóse á llorar y durante toda la noche no pudo pegar los ojos. Al día siguiente, cuando «papá» entró en su aposento para anunciarla su regreso, la emoción de la chiquilla fué tan grande, que tuvo un ataque nervioso: «Creí que habías ido con mamá», dijo al volver en sí... ¿Y luego?... Luego siete años que no la habían dejado recuerdo ninguno, siete años dulcemente inconscientes, de cuya evocación sólo surgía un perfume vaporoso de flores sin nombre, y un paisaje tranquilo compuesto de campanarios de iglesia, de músicas militares, de inmensos parque luminosos. A los catorce años, la primera pena, la separación lamentable, el capullo de su alma envenenado, el principio de las lágrimas verdaderas: ¡el convento!; ¡oh el convento y sus camas frías! Pero también, algunos meses más tarde, los primeros goces verdaderos, las primeras amistades, los primeros odios, los primeros amores... Una sonrisa algo triste plegó sus labios al recordar esos amores y al pensar de nuevo en Lucrecia, la gran Lucrecia, «su marido», «su novio», la que más la quería en el convento, la única que no la besaba con indiferencia en los carrillos, sino en los labios y en la boca. «¿Qué había sido de su Lucrecia? Quizás había muerto ya... ¡Pobrecita!»... Y en el cerebro amodorrado de Liliana, la nostalgia de sus caricias iniciales acentuóse... ¿Su padre? Sí; ella le había amado con todo el corazón, y durante muchos años no hubiera podido dormirse sin rogar antes á Dios por su descanso eterno. La primera vez que se acostó sin encomendar el alma del muerto á Nuestro Señor, fué la noche de sus bodas... «¿Rezar al

lado de un hombre desnudo? ¡Qué sacrilegio!» Pero casi no había conocido á ese padre cariñoso que vivía en París, y que sólo iba á visitarla el último domingo de cada mes... De pronto surgía de las brumas de la memoria una figura horrible, la figura de Sor Estela, «la lechuza», cuyos dedos secos y epilépticos le habían más de una ocasión arrancado la piel y los cabellos; pero al mismo tiempo aparecían las imágenes de la madre Lea y de la madre Teresa, ambas jóvenes, ambas benévolas y casi fraternales... Una época terrible para ella, había sido la pubertad, el florecimiento de sus senos vírgenes en la atmósfera helada del convento, aquellas primeras noches de insomnios, durante las cuales su cuerpo inmaculado palpitaba con palpitaciones misteriosas al roce tibio de las sábanas... ¡Oh esas noches!... Y más tarde, para calmar su curiosidad casi física, las lecturas á hurtadillas que iban revelándola todo un universo nunca antes soñado, las caricias iniciadoras de Lucrecia, las adivinaciones precoces, los deseos que tomaban forma, la eclosión del alma de mujer en su cuerpo de doncella, en fin, y la carne, siempre la carne, que la hacía ver por todos lados, en la mesa, en clase, en la iglesia misma, formas provocativas y ruborizadoras. «Cierra los ojos», habíale dicho su confesor... Pero cuando cerraba los ojos en vez de no ver nada, veía más y veía mejor... Al salir del convento, ya formada, ya «señorita», sintióse como convaleciente, y todos los deseos que la Soledad había hecho germinar en su cerebro evaporáronse al contacto de la vida social. Al fin vino el casamiento con un hombre viejo, noble y rico, por el cual tuvo, en los cinco primeros meses de vida común, una repugnancia puramente física, y á quien, sin embargo, llegó más tarde á estimar con un sentimiento resignado de simpática gratitud. ¿Qué había hecho durante los cinco años de matrimonio? Vivir, nada más que vivir; leer mucho, mucho, «demasiado», decía su médico; abandonarse á una existencia de lujo artístico, de placeres frívolos, esperar... Porque Liliana había esperado siempre, sin atreverse á desearlo, la muerte de su marido, con objeto de recobrar su libertad, embellecida con un título, con una fortuna, con un nombre... Y ese momento acababa de llegar... y ella tenía miedo, al ver su ensueño convertido en realidad. «¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué va a ser de

mí?»... El temor supersticioso de lo que había de suceder al día siguiente, seguía llenando de angustia el alma de Liliana.

Al fin se quedó profundamente dormida.

## II

Al despertarse, Liliana sintió un vacío completo en el cerebro. No recordaba nada. Durante algunos minutos sus pupilas permanecieron fijas en la oscuridad de la alcoba, como buscando, en el horizonte reducido que la rodeaba, una imagen que la hiciese volver á la realidad.

Poco á poco sus ideas fueron acudiendo. Pensó en el entierro de su marido; pensó en lo que tenía necesidad de hacer al día siguiente; pensó también en las preocupaciones que la habían atormentado durante la mañana. Luego recordó su último ensueño y no pudo menos de sonreír: había soñado que una mujer joven y hermosa, disfrazada de paje, arrodillábase ante ella y la besaba apasionadamente las manos. «Es curioso, díjose á sí misma, que después de haber sufrido tanto, en vez de soñar en cosas reales, en las dificultades presentes de mi vida, ó al menos en algo que se relacione con la existencia anterior ó con el porvenir, mi imaginación se entretenga en forjar cuentos azules.»

«¿Qué hora podrá ser?» Llamó á su camarera.

— ¿Qué hora es, Alina?

— Son las nueve y media, señora.

«¿Las nueve y media?» Luego había dormido cerca de ocho horas.

— ¿No ha venido nadie?

— Sí, señora, mucha gente; casi todos los amigos de la señora.

— ¿Y el notario?

— El notario no ha venido. La señora querrá comer, sin duda...

— No, Alina, no tengo apetito. Enciende las velas.

Una vez que los candelabros estuvieron encendidos, Liliana notó que los ojos de la doncella estaban llenos de lágrimas, y tuvo vergüenza de su propia frialdad de alma el día del entierro de uno de los seres que más apasionadamente la habían querido en la tierra.

— ¿Has llorado? —preguntó con solicitud cariñosa—; ¿le querías mucho? ¿estás triste?

Alina bajó la cabeza sin responder.

Liliana continuó:

— Yo también estoy triste... Él era para mí el más bueno de los padres y el mejor de los amigos. Sin él, la vida se parecerá siempre vacía, y de hoy más, algo faltará á mis dichas para ser completas.

No pudiendo contener sus lágrimas, la doncella echóse á llorar ruidosamente. Liliana la preguntó:

— ¿Y á mí no me quieres?

¡Oh, sí, sí la quería, más que á nadie, y su tristeza venía del temor de tener que separarse de ella.

— ¿Quieres quedarte á mi lado para siempre?

— ¡Con toda mi alma!

La emoción de la doncella era tan profunda, que Liliana, cuyos ojos habían permanecido secos hasta entonces, sintió que sus párpados se humedecían.

Su enternecimiento, empero, fué rápido como un relámpago.

Al encontrarse sola de nuevo, convencida de que le sería imposible dormir durante la noche, decidióse á poner en orden los papeles del

muerto.— Abrió un mueble y comenzó á sacar todas las cartas que antes habían sido sagradas para ella, y que ahora la pertenecían. Al principio no vió sino tarjetas de ministros, sobres con membretes de Bancos ó de oficinas públicas, grandes hojas de papel sellado llenas de firmas incomprensibles. Leyó algunos de esos papeles. «Si continuó, pensó, me quedo dormida.» De pronto un paquete de fotografías, atado con una cinta azul, llamó su atención. Eran retratos de mujer. «Tal vez una antigua amiga ó una hermana muerta.» Pero no... Cada retrato representaba á una mujer diferente; algunas de ellas descotadas, otras vestidas con trajes extravagantes, todas peinadas con ese gusto especial á las horizontales de profesión. Encarnada de cólera, Liliana rompió los retratos sin leer las líneas escritas en algunos de ellos. Luego pensó en que podían ser recuerdos antiguos de una juventud lejana. Recogió uno de los fragmentos para fijarse en la fecha: «Enero de 1897.» «¡No podía ser más reciente!» «¡Y ella, en cambio, se había pasado la vida huyendo de las ocasiones de engañar á su marido, á pesar de su naturaleza juvenil, á pesar de sus deseos imperiosos, á pesar de los consejos de su propio médico!... Porque su médico era el primero en decirla á cada instante, con sonrisas maliciosas, que lo más indispensable para gozar de buena salud era un marido verdadero... Y ese «marido verdadero», ese hombre que no fuese avaro de caricias ardientes, había presentado á cada instante ante ella bajo mil formas seductoras, vestido á veces de militar, á veces con una abundosa melena de poeta, á veces en traje *soirée*, siempre joven, siempre insinuante, siempre provocativo... Y ella le había rechazado enérgicamente por un sentimiento de fidelidad inquebrantable en su alma... ¡Pobre inocente, pobre tonta, que á pesar de su profunda cultura intelectual, veíase engañada por un viejo estúpido!... ¡Ah! Si pudiera comenzar de nuevo su vida, no desperdiciaría ningún minuto de placer.

Carlos de Llorede, secretario de su marido, la había hecho la corte con una delicadeza y con una constancia extraordinarias. Una noche, hablando á solas en un extremo del salón, mientras ella contestaba con sonrisas vagas á las zalamerías de su galán, un

antiguo amigo se aproximó á ellos y la dijo en voz muy baja, señalando á Carlos: «Me parece que Ud. tiene mejor gusto que su esposo.»— Este recuerdo la hizo comprender que todo el mundo estaba al corriente de las aventuras del marido libertino por quien ella había sacrificado sus más violentos deseos carnales y sus más sinceros impulsos sensitivos. En menos de una hora, toda su ternura trocóse en un deseo nervioso de venganza.

Llamó á Alina por segunda vez, y la preguntó si conocía las señas de Carlos, el antiguo secretario del marqués.

— El Sr. Llorede —continuó— está al corriente de nuestros asuntos y necesito verle en seguida para que me dé algunos datos importantes.

— Si la señora quiere —repuso la doncella— iré á buscarle ahora mismo, pues vive aquí muy cerca.

— Sí —terminó Liliana—; ve en el acto, pero antes da orden en la cocina para que sirvan la comida... No tardes, Alina...

### III

Liliana había conservado siempre, en un rincón misterioso de su alma, en el jardín secreto de su ser sensitivo, una simpatía muy especial y muy tierna por el antiguo secretario del marqués. Entre todos los buenos mozos que se disputaban sus sonrisas, ninguno la había parecido tan sincero, tan respetuoso, tan ardiente, tan ingenuo como él. Carlos era, por otra parte, el más hermoso de sus adoradores, y su belleza tenía la ventaja de no parecerse á la de todo el mundo, de ser una belleza rara y casi fatal, lo que, para una mujer de gustos artísticos, es á veces una cualidad máspreciada que la belleza misma. Lo que seducía en ese gran chico moreno, no eran los ojos, ni la nariz, ni la boca, sino la mirada profunda y acariciadora, la sonrisa maliciosa, la expresión, en fin, y mil menudencias delicadas ó admirables, como el brillo de los dientes, como las ondulaciones caprichosas del cabello, como la palidez mate y dorada de la piel, como el reflejo casi azul del bigote... Además hablaba de un modo encantador, y la entonación velada y doliente de su voz al decir al oído galanteos poéticos, tenía un atractivo especial.

Liliana pensó con tristeza en aquellas noches ya lejanas, durante las cuales las pupilas de Carlos la buscaban y la seguían, en los salones amigos, á través de mil hombros desnudos; pensó también en las únicas frases de amor que él se atrevió nunca á dirigirla y ella á escuchar, y su memoria se entretuvo complacientemente durante

algunos instantes en acariciar ese recuerdo nostálgico. Había sido en el teatro, en el Palacio Real, durante la representación de una de las farsas monumentales de Feydeau. Ella reía como una niña, abandonándose por completo á la sensación de vida grotesca que todo exhalaba en la escena. Al fin del tercer acto, mientras el marqués iba en busca de un amigo, Carlos se aproximó á ella, y, estrechándole la mano de un modo casi brutal, «Señora, la dije, perdóneme Ud.; sé que hago mal, muy mal; sé que hablar á Ud. así es ofenderla; sé que de hoy más no querrá Ud. ni aun llamarme amigo; pero no puedo resistir, es imposible... y necesito decirle que la adoro con toda el alma, que la adoro sin esperanza ninguna, tristemente, locamente, como un enfermo que está seguro de morir de su mal y que muere dichoso... ¿Me perdona Ud. esta confidencia, señora?» Sin poder articular una sola palabra, ella había permanecido inmóvil, dejando que las manos febriles de Carlos acariciasen bruscamente sus manos temblorosas, hasta que, viendo á su marido dirigirse de nuevo hacia el palco, se puso de pie, pálida como una muerta, pidiendo su abrigo, diciendo que estaba cansada, que estaba nerviosa, que necesitaba reposarse. Y ese había sido su único idilio, porque más tarde, temerosa de su propia debilidad sentimental, no quiso nunca dar á Carlos la ocasión de hablarla á solas.

... Ahora no podía tardar en venir y la diría lo que quisiera...

Para arreglarse el cabello ante un espejo, pasó á la habitación contigua. Al abrir la puerta de su alcoba sintió un olor acre de ácidos desinfectantes, que venía de la sala en donde el cuerpo de su marido había sido embalsamado. La idea de la muerte apoderóse de nuevo de su cerebro, pero no ya para llenarla de melancolía, sino para hacerla sentir con más fuerza la realidad de su porvenir libre.

En esa mujer toda nervios, las impresiones no duraban sino el espacio de una lágrima ó de una sonrisa, y después de acariciar ó de sacudir sus fibras más íntimas con una violencia casi morbosa, desaparecían en absoluto para dejar libre el campo de su alma á otras impresiones más vivas aún.

Su sensibilidad no lograba nunca conservar durante largo tiempo una simpatía ó un rencor en ese estado de perfecta cristalización que constituye, por lo general, la firmeza de sentimientos. Sólo los recuerdos vivían en ella una vida invariable. Lo demás cambiaba eternamente ante su vista, pareciéndola á veces adorable y á veces aborrecible, según el estado de su ánimo y las circunstancias exteriores del momento. Leer dos veces un libro, era, para ella, como leer dos libros diferentes. Los deseos mismos cambiaban en su ser hasta tal punto, antes de realizarse, que muy á menudo, al lograr algo, «ya no era eso» lo que quería, sino otra cosa cuya imagen había ido germinando poco á poco en su mente por las metamorfosis consecutivas del primer deseo.

Liliana conocía perfectamente las particularidades enfermizas de su temperamento; mas en vez de hacer esfuerzos por desarraigarlas, cultivábalas con verdadera complacencia, creyendo poseer en ellas una fuente de actividad vital indispensable á su organismo. Analizando su existencia pasada, creía descubrir en ese vaivén eterno de su alma y en esa perpetua ondulación de su intelecto, la causa de su tranquilidad, pues no habiendo sentido ninguna pasión completa, pudo resguardarse siempre de un capricho con otro capricho, de un anhelo con otro anhelo.

Después de arreglarse el peinado con una meticulosidad minuciosa, dando á cada rizo suelto una inclinación especial, dividiendo las partes flotantes del cabello en mil flecos diminutos, apretando en un haz compacto la parte superior, componiendo, en fin, lo que ella llamaba su «peluca de arte», contemplóse en el espejo, no con ese deseo frívolo de corrección que guía á las mujeres en general cuando se detienen ante sus tocadores, sino para admirarse, para acariciar su propia belleza con la vista, para dirigirse á sí misma, mentalmente, piropos amorosos. «Esto que yo hago con tanta frecuencia —pensó— se llama narcisismo, y, según parece, es un pecado contra la naturaleza... pero ¿por qué ha de ser un pecado?... A mí me gustan mis ojos, me gusta mi boca, me gusta mi garganta... me quiero, me quiero mucho»... Y para probarse á sí misma que, en efecto, «se quería» y «se gustaba», desabrochóse

completamente el talle y dejó que su imagen se ahogara, medio desnuda, en el agua lilial del espejo. De pronto echóse á reir, dióse un beso en el brazo y salió corriendo, como una niña, hacia el comedor, en donde los manjares se enfriaban desde hacía media hora.

## IV

Cuando Carlos entró en el salón, vestido de negro, con el sombrero en la mano, muy pálido y muy grave, Liliana no pudo menos de sonreír con una malicia visible.

— Señor de Llorede —le dijo,— siéntese Ud. aquí, á mi lado.

En seguida, sin darle tiempo para recitar el discurso de condolencias que su buena educación iba sin duda á dictarle, continuó:

— Seguramente le habrá parecido á Ud. extraño que le haya hecho llamar hoy mismo; pero estoy tan aturdida y tengo tan pocos amigos verdaderos, capaces de servirme en estas circunstancias, que no pude menos de recurrir desde luego á Ud. Hay instantes en los cuales las mujeres tenemos derecho á molestar á los que nos han demostrado siempre alguna simpatía, y hasta ahora, la única persona que me ha dado pruebas de amistad sincera es Ud.... Sin embargo, si tiene Ud. algún compromiso, no quiero detenerle...

Carlos se apresuró á decir que «de ningún modo», que «estaba á sus órdenes», que su «amistad era inquebrantable». Sus frases entrecortadas y balbucientes, denotaban en él una emoción profunda.

— Mi marido —prosiguió Liliana— era un hombre metódico, que lo preveía todo y que todo lo arreglaba de antemano, como un reloj.

Su testamento debe de estar hecho desde hace tiempo, y aunque yo ignoro sus últimas voluntades, supongo que una parte de su fortuna me pertenece desde ahora; ¿no le parece á Ud.?

— Toda su fortuna, estoy seguro de ello —respondió el antiguo secretario.

— Está bien; supongamos que todos, ó parte de sus bienes, sean míos; ¿cree Ud. que puedo yo misma ser capaz de manejarlos? No; yo no entiendo de negocios, y apenas sé lo que significa un título al portador. Para no tener miedo que alguien me arruine en pocos años, necesito, pues, que una persona verdaderamente honrada se encargue de ser mi administrador general, de decirme á menudo lo que tengo, lo que puedo gastar, que me guíe, en fin, y que me aconseje.

Carlos creyó que la viuda del marqués iba á ofrecerle á él ese puesto, y se apresuró á decirla:

— En efecto; los que no hemos nacido con el don particular de saber hacer cálculos, necesitamos de alguien que nos ayude cuando tenemos una gran fortuna. Por mi parte, si yo fuese rico, creo que me encontraría en el mismo caso de Ud. Pero ese «hombre de negocios» no es difícil de encontrarse... un notario antiguo, el notario del marqués, por ejemplo...

— Eso era lo que yo quería que Ud. me dijese: si le parecía que nuestro notario es capaz, y, en ese caso, hablar con él en mi nombre... ¿me hará Ud. ese favor, Carlos?

Al oírse llamar por su nombre, Llorede sintióse contento y humillado á la par. Esa mujer, cuyo marido acababa de morir y que le hablaba fríamente de negocios, á él, que sólo la había hablado de amor en su vida, parecía un ser incomprensible, hecho de gracia malsana, de frialdad inquebrantable y de ligereza frívola. «Es un monstruo adorable», se dijo á sí mismo.

Liliana sintió el insulto en la mirada de Carlos. Lo sintió sin enojo, con esa resignación orgullosa de la mujer que está segura de su triunfo definitivo y que goza viéndose despreciada, por estar seguro

de que, aun despreciada, aun odiada, hará un esclavo del hombre que la odia, que la desprecia y que al mismo tiempo la adora.

Cambiando el tono de la conversación, Liliana comenzó á hablar de lo que ella llamaba el fondo de su vida.

— ... Yo me he sacrificado durante algunos años —decía— y hubiera continuado sacrificándome, porque era mi deber... Ud. sabe que mi marido no fué nunca para mí sino un amigo... Y Ud. sabe que ni siquiera fué un modelo de esposos, puesto que, de vez en cuando, alquilaba bailarinas... sí, «alquilaba»; no se espante Ud. de mi manera de hablar; yo soy muy franca, muy franca... Pero sus faltas no me hacían ningún daño, ni me inspiraban celos ningunos. Yo cumplía con mi deber, renunciando á mis deseos más íntimos, resistiendo á mis vehementes inclinaciones, y haciéndolo siempre con confianza... Créame Ud., Carlos: yo no tengo nada de que arrepentirme... Ud. mismo es testigo de que mi conducta fué lo que debía ser, ni más ni menos... Ahora me creo libre, completamente libre; libre de todo lazo social, de toda convención hipócrita, y estoy dispuesta á no vivir sino guiada por mi corazón y por mi instinto... Tal vez no hago bien, pero, en verdad, me siento incapaz de obrar de otro modo... Por otra parte, necesito vivir, necesito dar libertad á mi alma y dejarla que respire el ambiente ideal que hasta hoy le ha faltado... ¿No me aprueba Ud.?

— ¡Oh! sí, señora, sí.

— ¿Por qué me llama Ud. señora? En otro tiempo...

— En otro tiempo —dijo Carlos con energía melancólica— yo estaba loco y llegué á figurarme que un hombre sincero podía decir á una mujer lo que siente... Luego he comprendido que un artista, un hombre que tuvo necesidad, como yo, de ser secretario de un magnate cualquiera, no puede entrar en ciertos salones sin exponerse á que se rían de él... No me diga Ud. que me equivoco. Estoy seguro, enteramente seguro de lo que digo... Mire Ud., por ejemplo, á ese pobre Maupassant, que no murió de locura, sino de decepciones, de sonrisas irónicas, de burlas de grandes damas!...

Nosotros, cuando tenemos la desgracia de enamorarnos de una gran dama... como... como... sí, como yo, señora! debemos sacrificarnos desde luego, para que nuestro amor no envenene toda nuestra vida.

— ¿Quiere Ud. ser mi mejor amigo? —le preguntó Liliana, con una entereza llena de discreción y de ternura.

— El más humilde y el más sincero...

— No; el mejor...

— El mejor...

— ¿De veras?

— ¿Es necesario jurar?

— Deme Ud. la mano...

Al sentir su mano acariciada por la de Liliana, Carlos se estremeció ligeramente y tuvo la visión neta y clara de su futuro.

— Liliana —dijo en un supremo esfuerzo de habilidad y de altanería—, yo haré lo posible por ser únicamente un amigo fiel; pero estoy seguro de que no lo conseguiré, y de que á veces mi pasión desbordante me hará decir á Ud. muchas locuras iguales á las que un día, hace ya mucho tiempo, le fueron á Ud. desagradables.

— Ahora —concluyó sonriendo Liliana— ya puedo oírlo todo.

## V

— ¿Qué clase de gente es la que va á esas fiestas? —preguntó Lilitana.

— De todo un poco —repuso Carlos—, pero siempre domina el elemento «artista», pues, aun los que nunca han tocado una pluma ó un pincel, tratan de parecer «diletantes apasionados» al encontrarse entre pintores y escultores. Son fiestas muy curiosas, muy alegres, en las cuales se bebe mucho y se come poco: el *menu* mismo es ya una cosa rara, y en vez de indicar los nombres de los platos, indica los nombres de los vinos: «Primer servicio: Campaña Roederez. Segundo servicio: Medoc de 1870. Tercer servicio: Vouvray seco. Cuarto servicio: Borgoña... y luego vienen los vinos del Rhin, y los vinos de España, y los vinos griegos de Samos y de Corinto, y los vinos del Perú y de la China»... ya verás... En cuanto á los manjares, no hay que ser muy exigente: gallinas asadas, riñones fritos, ensaladas, y hasta humildes tajadas de jamón crudo... Robert ha hecho poner un anuncio en la puerta, suplicando á los comensales que almuercen bien antes de venir al banquete... Ya tú conoces á Robert... es uno de los satíricos más geniales de nuestra época, pero nunca ha logrado hacer nada de provecho, y á los cincuenta años sigue siendo un «joven escritor» y un «bohemio». Y en cuanto á las mujeres, no son ni monjas, ni duquesas... Tampoco son cocotas... Son mujeres raras, de esas que sólo se encuentran en París, que comienzan ganando su vida como «modelos» en la

Escuela de Bellas Artes, que son luego queridas de algunos artistas, y que, después de seducir á un «viejo rico» como ellas dicen, siguen viniendo á dormir, de vez en cuando, con sus antiguos amantes... Ya las verás: todas tienen algún ingenio y muchas pretensiones, pero son excelentes chicas que creen en el Arte, que se peinan á la Boticelli y que odian á los burgueses...

— ¿Son bonitas? —preguntó Liliana.

Carlos levantó los hombros desdeñosamente:

— ¿Bonitas? Eso es siempre relativo... Al lado tuyo, más bien parecerán feas. Ya las verás.

El carruaje se detuvo.

— Hemos llegado —dijo Carlos—. No te olvides de que para toda esa gente te llamas la Muñeca, y eres actriz... Dame un beso Lili...

— Toma —respondió Liliana, besando apasionadamente los labios de su amante—; es el último hasta que volvamos á casa... itres horas sin caricias!... ¡qué fastidio!...

Llorede se echó á reir.

— Ya encontraremos ocasión de besarnos durante la comida.

Al entrar en el comedor del «Círculo de los Intransigentes», Carlos y Liliana fueron objeto de una ovación burlesca y entusiasta.

— ¡Viva el desertor!

— ¡Viva la princesa!

— ¡Una copa á su salud!

Y todos aplaudían, contemplando á los recién llegados.

Robert se puso, al fin, de pie, y dijo con una gravedad traducida del inglés:

— «Mis buenos señores y mis excelentes señoras: he aquí á nuestro diplomático colega Llorede, y á su no menos diplomática musa. Ambos son jóvenes y ambos son algo guapos, á pesar de no

tener ojos de violeta ni cabellos de luz... Contempladlos atentamente, y figuraos cuán apetitosos deben ser al estar desnudos en sus respectivos lechos. En nombre de los circunstantes, propongo que el apuesto mancebo sea colocado entre dos antiguas bailarinas de la Ópera, y que la doncella pudorosa se siente á mi lado!»

— Amén —gritaron todos.

Liliana volvió hacia Carlos sus grandes ojos espantados y suplicantes, en los cuales se veían el deseo de separarse de él.

Llorede la dirigió una sonrisa tranquilizadora, y exclamó, tratando de imitar la voz austera de los actores que representan los papeles heroicos en las escenas de provincia:

— ¡Hágase la voluntad del pueblo soberano!

Luego, tomando entre las suyas la mano de Liliana y hablando con Robert:

— La que va á morirse de fastidio junto á ti, te saluda!

Los aplausos estallaron de nuevo, mientras Robert colocaba á los recién llegados en sus sitios.

— Puesto que no falta nadie —gritó una morena—, me parece que las primeras botellas debieran ser servidas, para que el viejo Rimal no perezca de sed.

Rimal, que tenía fama de borracho, y que había cumplido los cuarenta desde hacía más de siete años, contestó:

— En efecto; la sed comienza á hacerse sentir, y agradezco sinceramente la indicación de Laura, de cuya amistad, que data ya de veinte años, no podía esperar menos.

Una chiquilla morena y vivaracha pidió que se prohibiese hablar de vejeces, para no ofender á ninguno de los presentes.

— ¿Qué edad tiene Ud.? —la preguntó un caballero calvo que estaba á su lado.

— Diez y ocho años.

— ¡Juventud, primavera de la vida!

— ¿Y usted?

— Yo no me atrevo á decirlo, para no asustar á los niños... ¿qué edad me das tú?

— Cincuenta?...

— ¡Oh, mucho más!

— Entonces, ochenta y cinco.

— ¡No tanto, demonio! Tengo cincuenta y tres y medio.

— Eso no es mucho...

Carlos trataba de llamar la atención de Flora de Lis, hablándola de Liliana en términos pomposos y funambulescos:

— Es una actriz de genio; ¿no la conoces? ¡La Muñeca!... Una gran actriz, una mujer extraordinaria, lo más raro, lo más original de nuestro siglo... Figúrate que Virgilio y el Dante se batieron á muerte por ella... Ahora acaba de pasar tres semanas en San Petersburgo, y eso ha bastado para que dos tíos de Pedro el Grande se vuelvan locos de remate. El emperador tuvo que desterrarla para evitar una revolución en su palacio, porque los rusos querían proclamarla emperatriz de la India. Tú, que eres ilustrada, debes de conocer los sonetos de Mirbeau titulados «Clara Terpe»... son unos sonetos en prosa, pero siempre son sonetos; ¿no te parece?... Pues bien, esa Clara Terpe pintábase los ojos, no como tú, sino en el interior: se doraba las pupilas; y todo su cuerpo exhalaba un perfume penetrante y venenoso, que hacía que sus amantes muriesen entre sus brazos; las perlas mismas, las pobres perlas, que viven como nosotros, morían en su pecho con languideces de flores incendiadas. La Muñeca es hija de Clara Terpe, y, naturalmente, ha heredado algunas de sus cualidades misteriosas, por la ley fatal del atavismo... Tú no debes de saber lo que es el atavismo... la ley del atavismo.. una ley muy fastidiosa que dieron los alemanes para burlarse de Emilio Zola... ¿Quieres que te presente á la Muñeca?

— No; yo no quiero conocer á ese monstruo.

Flora de Lis era una rubia de origen austriaco, muy grave y muy bella, pero sin ingenio ni fuego ninguno, á quien su amante, un banquero con grandes presunciones de artista, obligaba á asistir á todas las fiestas del Club. Para no fastidiarse ó para no parecer orgullosa, aceptaba las copas que la ofrecían, y al final de la comida dejábase acariciar por todo el mundo, con una complacencia pasiva de animal enfermo.

Cuando los mozos empezaron á escanciar, con respeto religioso, un Champaña especial, regalo del amante de Flora, en inmensas copas de forma rara, el entusiasmo de los comensales convirtiéndose en verdadero delirio.

Robert propuso á gritos que los escultores presentes moldeasen acto continuo las formas opulentas del banquero obsequioso, con objeto de conservar, para las generaciones venideras, la efigie de un verdadero Mecenas. Plese, estatuario joven, repuso que él y sus colegas preferían moldear las formas de la amada del Mecenas. Jorge Riviere ofreció escribir un poema épico en dos mil cantos, para celebrar las burbujas del pálido vino hecho de sangre de musas. Las mujeres enviaban besos al banquero, y la misma Liliana, que hasta entonces había permanecido discretamente aislada, entre Robert y Lamiel, deshojó la rosa que llevaba prendida en el pecho y cubrió de blancos pétalos las copas de sus vecinos.

— ¡Tu mujer está borracha! —exclamó la chiquilla morena, dirigiéndose á Carlos.

Llorede se volvió hacia Liliana, pálido de cólera, y vió que ella, en vez de enfadarse, sonreía á la que acababa de insultarla y la llamaba haciéndola señas con la mano.

Cuando sirvieron el café, todos comenzaron á cambiar de sitio, llevados por las simpatías, buscando, algunos, los rincones propicios para charlas con misterio; escogiendo, otros, los lugares más próximos á los balcones...

Carlos, Liliana y la chiquilla morena, se acomodaron en un diminuto sofá en el cual sólo hubieran debido sentarse dos personas. La Muñeca se colocó en medio de los dos, y mientras su amante le acariciaba la nuca con sus labios ardientes y secos, la chiquilla, ya ebria de vino, de luz, de calor y de juventud, decíala mil zalamerías sobre su belleza y sobre sus joyas.

— ¿Te gusta este broche? —preguntóla Liliana, desprendiéndose del cuello un pensamiento compuesto de esmeraldas y de perlas.

— ¡Oh, sí! —y los ojos vivarachos dilatábanse atraídos por el brillo de la joya— ¡oh sí!... ya lo creo que me gusta!

Con un ademán casi maternal, la noble viuda lo prendió en el pecho de su amiguita, diciéndola que lo guardase en recuerdo suyo.

— ¿De veras?

— Sí; de veras.

— ¿De veras, de veras, de...?

La Muñeca interrumpió esas preguntas incrédulas, cubriendo de besos la boca interrogadora.

Carlos murmuró á su oído:

— ¿Para mí no hay un beso?

— ¡Sí, sí, todo es tuyo, todo mi ser, toda mi alma! —Y enlazándole con un impudor sagrado, sin poner atención en los que sonreían contemplándola, besó los labios de su amante.

— ¡Las doce! —gritó Robert— la hora en que los borrachos van á acostarse...

## VI

— Un minuto, Lili, espérame un minuto; voy á llevar todo esto á la sala.

Llorede quería sacar de la alcoba los búcaros llenos de jazmines, de rosas y de crisantemos que adornaban la chimenea, preñando la atmósfera de pesadas emanaciones.

— No... todavía no... déjalas en su sitio... las flores nunca hacen daño... ¿no te gustan las flores?... déjalas allí, cerca de nosotros... Ven —repuso Liliana.

Y tomándole casi en vilo entre sus brazos robustos y delicados, le llevó hasta el borde del lecho.

— ¡Di que no tengo más fuerza que un hombre!

— ¡Ya lo creo que eres fuerte! Eres fuerte como un titán metamorfoseado en lirio.

Ella se echó á reir:

— «Hérculos loco que á los pies de Onfalia  
La clave deja y al luchar rehusa.  
Vate que olvida la vibrante musa».

— Si Robert te oyera recitar, se figuraría que, en efecto, eres una actriz de genio.

— ¿Quieres servirme de camarera ayudándome á desnudarme?... Yo soy Onfalia... Una Onfalia viuda... ¿qué te parece?...

La marquesa hablaba con una frivolidad incoherente, hasta entonces nunca usada en sus noches de idilio. Un alma nueva — alma de muñeca erórica y de cortesana artista— surgía repentinamente de su ser, acentuando su atractivo malsano de amante caprichosa y apasionada.

Carlos se arrodilló ante ella y comenzó á «ejercer de camarera» con un entusiasmo lleno de sensual emoción. Cada prenda que sus manos desprendían del cuerpo de Liliana, dejaba al descubierto un fragmento de carne pálida, y sus labios jóvenes tenían para cada uno de esos fragmentos deliciosos mil caricias, mil besos, mil cosquilleos.

— Las medias me las quitaré yo misma...

— No, no; déjame.

Llorede quería hacerlo todo, desde el principio hasta el fin, con orgullo infantil, para que su amada no se molestase, y sobre todo por el gusto voluptuoso que su tarea le proporcionaba:

— ... Déjame; yo soy una camarera exigente, un Hércules loco que no renuncia á su dulce ruela... ¿me dejas?...

Ella le dejaba, abandonándose al placer de ser desnudada por un hombre quien su voluntad reconocía un humilde esclavo y su alma sentía un amo tiránico.

Cuando el «Hércules-camarera» tuvo entre sus manos las finas piernas de Onfalia completamente desnudas, llevóselas á los labios con unción casi mística, besándolas primera parsimoniosamente y estrechándolas luego de un modo febril.

Ella saltó, al fin, del lecho en el cual estaba recostada; hizo resbalar por su cuerpo de líneas exquisitas la camisa que aun envolvía sus formas impecables, y apareció ante un ser humano, por la primera vez de su vida, en la apoteosis augusta y fatal de su belleza enloquecedora.

Por un instante, Carlos dejó de ser hombre en esa alcoba, y fué artista:

— ¡Lili! —dijo— ¡Lili!... ¡Eres divina... La hermosura de las Venus griegas palidece á tu lado... No hay nada que se te pueda comparar, ni las afroditas de Scopas, ni las madonas de Donatello, ni las Dianas de Germán Pilon, ni las Auroras de Delaplanche, ni las bailarinas de Falguière, ni las tentaciones de Rodin... ¡Nada, Lili!... Eres más bella que todas y que todo. Eres la armonía, eres el ritmo, eres la luz, eres la vida, eres la gracia... Quédate así... Tal vez los dioses no han muerto, sino que están desterrados y conservan aún algo del antiguo poder que les hizo reinar sin necesidad de recurrir á las supersticiones... Si viven todavía, y si uno de ellos te ve en este instante desde el fondo de su floresta de laureles y de mirtos, te petrificará en mármol rosado para que los hombres conserven el sentido de la belleza... ¡Lili!...

Mientras el poeta hablaba, la marquesa permanecía de pie, obedeciendo inconscientemente, sonriendo con sus labios inmortales, en actitud hierática, como si los dioses la hubiesen, en efecto, convertido en símbolo de gracia perdurable.— Su cuerpo delgado y lleno de carne, á la vez redondo y esbelto, blando con una blancura de perla nueva, lilial y transparente; con los hombros como una ánfora griega, con el cuello envuelto en la seda dorada de los cabellos, con los brazos esculturales cruzados bajo el pecho, levantando los senos de inmaculada belleza de flor; con las caderas delicadamente poderosas, con las piernas finas é inmóviles pegadas una contra la otra en una actitud llena de coquetería ingenua, su cuerpo, divino de juventud, divino de pureza, divino de elegancia, hacía pensar en aquellas adorables figulinas en las cuales los artistas de Tanagra eternizaron la perfección delicada y nerviosa de las antiguas pecadoras.

— ¡Lili! —proseguía Carlos— ¡Lili!... tú eres la evocación palpitante de todas las beldades muertas. Eres la reina de Saba; eres Cleopatra; eres Crisia; eres Ninón...

Después de hablar como artista, Lloreda habló como enamorado: dijo los goces infinitos de su alma y los crueles tormentos de su corazón; dijo sus deseos, dijo sus esperanzas; habló como un esclavo dichoso de ser esclavo y deseoso de no dejar nunca de serlo; expresó en frases sin orden, la mezcla de dolores y de alegrías, de entusiasmos y de congojas, de penas y de locuras que llenaban su ser haciéndole vivir la vida de la Pasión con una intensidad sobrenatural.

— Te adoro... nadie te adorará nunca como yo... Soy más que tu esclavo; te pertenezco; soy un objeto mejor que un hombre y tu voluntad me hace ser lo que quiere... Te adoro...

La Muñeca se aproximó á él, le estrechó entre sus brazos, y, sin violencia ninguna, sin que él lo notase, llevóle de nuevo hasta el borde del lecho.

— ¡Acostémonos!

— Sí; sí; en seguida...

Y comenzó á desnudarse rápidamente, haciendo saltar los botones del chaleco, estrujando la camisa, dejando caer sobre la alfombra, en completo desorden, todas sus prendas de vestir, hasta quedarse desnudo por completo.

Ella pensó «¡qué hermoso es!»; pero no lo dijo; no dijo nada. Sus labios, sedientos de caricias, no acertaban sino á sonreír, y en su cerebro las ideas no tomaban una forma precisa, sino que flotaban alrededor de un solo pensamiento inexplicable de deseo imperioso.

Carlos se acostó al fin.

— Te adoro, te idol...

Ella no le dejó terminar. Encogiendo primero todo el cuerpo con un movimiento felino de pantera joven, aproximóse á él, le cogió entre sus brazos, le tomó los labios entre su boca, y trocando de pronto su lánguida inmovilidad de estatua en fiebre delirante, absorbió su aliento con un beso de ternura y de furor, un beso prolongado, beso de muerte y de resurrección, beso anhelante, beso

infinito, beso que palpitaba, que fundía dos almas, que unía dos fuerzas y que hacía de dos locuras un solo delirio... En las respiración breve de esos dos seres vigorosos y apasionados que se perdían el uno en el otro para formar un único ser, había como una queja entrecortada y rítmica, como un aleteo de grasas inarticuladas, como un ruego, como una nota que agonizaba, que revivía y que iba acentuándose hasta terminar en un rugido doloroso á la par que triunfal: el rugido profundo del espasmo.

... Luego vino el silencio, la fatiga pasajera, los brazos húmedos que, sin separarse, se aflojaban y se ablandaban perdiendo la fuerza nerviosa; las caricias lentas y tiernas, los besos que sirven de bálsamo para curar los deliciosos mordiscos de los besos anteriores, las primeras frases completas: «¡Lili!... mi amor... ¡Lili!... te adoro»; la dulce convalecencia del placer, y esos instantes durante los cuales los sentidos perciben todas las sensaciones, gozando menos violentamente que en el placer mismo, pero con más consciencia; gozando de todo, embriagándose con el perfume acre de la carne sudorosa y ardiente, recobrando nuevos bríos al contacto de los pechos desnudos, gozando del goce del pasado y del goce futuro, gozando sin doler, en fin...

Durante esos instantes de voluptuoso cansancio, que alguien ha llamado «repositorios del calvario erótico», la Muñeca permanecía exánime, con los ojos entornados y los labios entreabiertos, sacudida apenas, de vez en cuando, por un corto escalofrío nervioso que la obligaba á levantar los hombros y á encoger rápidamente los brazos. Carlos, en cambio, conservaba siempre cierta energía felina y ágil que le hacía parecer insaciable. «Mi mujer está muerta —decía—; mi pobre mujercita adorada está muerta... muerta... muerta»... Y para hacerla volver á la vida, acariciábala con sabia lentitud, cubriendo de besos todo su cuerpo exánime, estrechándola las piernas, los brazos, el pecho; multiplicando sus escalofríos con hábiles cosquilleos; comunicándola, en resumen, sus propios deseos y su apetito devorador, hasta que ella se precipitaba de nuevo sobre él para entregarse por completo, para poseerle por completo, para

agonizar de nuevo en el cautiverio de los brazos despóticos,  
gimiente, sonriente, crispada...

Á veces la luz de la aurora, filtrándose por entre los pliegues de  
las cortinas del balcón, les sorprendía despiertos aún.

— ... Estamos locos —suspiraba entonces ella.

Y él respondía entre dos besos postreros:

— Sí... estamos locos...

## VII

Hacía seis meses que la «viuda» y el «antiguo secretario» del marqués vivían juntos, sin que ninguna circunstancia desagradable hubiese turbado la dulce intimidad de su existencia. Ella había olvidado por completo sus relaciones de familia, y ni visitaba ni recibía á los amigos de antaño.

Él, por su parte, consagrado en absoluto á la adoración de su querida, fué abandonando poco á poco sus hábitos laboriosos. Sobre su modesta mesa de trabajo, los poemas comenzados y las novelas en preparación, llenábanse de polvo. Los directores de periódicos iban ya acostumbrándose á no esperar sus crónicas; y sus más íntimos amigos, los Robert, los Plese, todos sus buenos camaradas, en fin, no le veían sino en las fiestas, siempre al lado de la Muñeca.

Una mañana, cuando ambos estaban aún en el lecho, Alina entró en la alcoba diciendo que el notario deseaba ver á la marquesa para un asunto urgentísimo.

— ¡Es imposible! —exclamó Liliana—. Yo no puedo recibir á ese hombre en camisa. ¡Que venga más tarde!

Al cabo de un instante Alina volvió, diciendo si la señora no podía levantarse, el notario se contentaría con hablar al señor de Llorede.

Llena de vaga inquietud, la Muñeca suplico á su amante que se levantara en el acto y que recibiera al notario.

Cuando Carlos entró en el salón donde el administrador de los bienes de Liliana le esperaba, éste se puso de pie, y después de saludarle con una majestuosa inclinación de cabeza, le habló en los términos siguientes:

— Suplico á Ud. que me dispense por haberme tomado la libertad de despertarle y, sobre todo, por el disgusto que sin dudda voy á causar á Ud. y á la señora marquesa hablándoles de un modo brutal. Es necesario que Uds. se separen.

Carlos se puso pálido como si acabara de recibir una herida mortal... ¡Separarse!... ¿Renunciar á los besos de Liliana, de su Liliana, de su Muñeca!... ¿Y por qué?... ¿Acaso no era ella libre?... ¡Separarse!... ¿Y quién era ese hombre para decir eso?...

El notario continuó:

— Bien se me alcanza que yo no tengo ningún derecho para oponerme á que un hombre y una mujer que no son ni mis hijos, ni mis hermanos, ni nada más que dos personas que me favorecen con su confianza, vivan juntos. Personalmente creo, al contrario, que los jóvenes deben aprovechar la juventud... Yo también he sido joven, y aquí donde Ud. me ve, he tenido pasiones y tristezas. Pero no se trata de mí. Se trata de la señora marquesa, contra la cual empieza ya á emprenderse, en ciertos salones parisienses, una verdadera campaña de calumnias y de intrigas infernales. Se trata de la tranquilidad de dos personas á quienes yo quiero y respeto profundamente. ¡Figúrese Ud. que ayer por la tarde se presentó en mi estudio una antigua amiga de la señora marquesa, y me dijo que yo me comprometía continuando como administrador de la fortuna de una envenenadora!

Llorede se puso de pie, como movido por un resorte, y con los puños crispados, haciendo un ademán de amenaza, exclamó:

— ¡Infame!

Sin levantar la vista, el notario siguió hablando:

— Cállese Ud. Todos sabemos lo que es una calumnia. El marqués murió tranquilante á los sesenta y tantos años, y en caso de un proceso, el médico está allí y aquí estoy yo... Pero un proceso mataría moralmente á la señora marquesa y le mataría á Ud. también en la opinión general, pues todo el mundo seguiría hablando de Uds. con reticencias odiosas, aun después de la sentencia favorable de la Justicia. Ud. conoce la crueldad hipócrita con que la sociedad trata á los enamorados. Usted sabe que para las grandes damas que duermen con sus lacayos, y aun con sus perros, el mal no está en ser viciosas, sino en amarse públicamente. La señora que vino á verme, tiene varios amantes; pero Ud. la hubiera oído hablar, la habría tomado por una abadesa de carmelitas: «¡Qué escándalo —decía en tono fiero—, qué escándalo! ¡Una mujer que perteneció á nuestra clase, hoy amancebada con un periodista inmoral! ¡Es necesario acusarles como envenenadores, porque lo son, lo son; todo el mundo lo sabe!» —Y es muy capaz de hacerlo como lo dice. Piénselo usted bien; hable Ud. con la señora marquesa... Un sacrificio del uno por el otro... Yo comprendo lo triste que es todo eso; pero el honor... el porvenir... En fin, cuente Ud. siempre conmigo, ¡siempre! ya sabe Ud...

Al volver á la alcoba, Carlos encontró á su amada todavía en el lecho, abriendo perezosamente las páginas de un libro nuevo con un largo alfiler de oro.

— ¿Apostamos á que vino que adivino cuál era ese asunto tan urgente? —dijo Liliana.

— No; no lo adivinas.

— Apostemos mil besos.

— No lo adivinas, Lili...

— Sí; se trata de cambiar los títulos de un ferrocarril que produce poco, por acciones de una compañía que promete mucho, ó de comprar rentas austriacas y de vender fondos españoles; en fin, algo así; ¿verdad? Dame mis mil besos.

Carlos sonreía tristemente, sintiéndose presa de una cogoja que le oprimía la garganta y le producía un sufrimiento agudo y casi físico.

— No, no; no es eso, sino otra cosa mucho más triste, Lili.

La Muñeca se fijó entonces en la palidez extrema de su amante; incorporóse; hízole sentarse á su lado, y le dijo que hablara con franqueza:

— Dímelo todo; ¿qué hay?

Carlos repitió, palabra por palabra, lo que el notario acababa de decirle. Ella escuchó sin pestañear, frunciendo apenas el ceño cuando una frase cualquiera hería su altivez. Luego preguntó:

— ¿Eso es todo?

— Me parece que es bastante.

— Está bien. ¿Qué piensas tú hacer? No mientas. ¿Qué piensas hacer?

— ¡Sacrificarme!

— ¿Y marcharte, y dejarme?

— Sí... por ti misma...

Roja de cólera, Liliana saltó del lecho, diciendo en voz sorda:

— ¡Cobarde! ¡Cobarde!... Todos los hombres son cobardes... Y luego hablan de amor... Y cuando tienen miedo huyen... ¡Cobarde!

— Yo sufro por lo menos tanto como tú —repuso Llorede sollozando—, porque te quiero más de lo que un ser humano puede querer en este mundo; y si el peligro me amenazase á mí sólo, le esperaré á tus pies, dichoso de padecer por ti todos los martirios de la tierra. Pero la amenazada eres tú, Lili, tú. ¡Si supieras en lo que pienso, no me llamarías cobarde!... ¿Para qué quiero yo la vida alejado del lugar en que vives!... ¡Y me llamas cobarde!...

— ¿Piensas abandonarme? —repitió la marquesa.

— Yo no pienso en nada; yo sufro. Ordéneme lo que debo hacer, puesto que soy tu esclavo.

— No me dejes, Carlos..., no me dejes.

— Haré lo que quieras: vivir, morir... lo que quieras, Lili...

— No me abandones. Yo te adoro con todo mi corazón. ¿Verdad que no te irás?...

— No; no —terminó Llorede, arrodillándose ante ella—; pero ¿qué podrás tú responder á los que te calumnian por causa mía, á los que te acusan, á tus antiguas amigas? ¿Qué dirás á los que te aconsejen que te separes de mí?... ¿Qué dirás ante todos esos peligros?

— ¿Sabes lo que á todos esos les diré? Les diré lo que se merecen...

Y de los labios menudos y palpitantes de la Muñeca brotó una palabra brutal, que llenó de alegría el alma macerada y pavorosa de Carlos.

## VIII

Algunas semanas después de la visita del notario, la marquesa preguntó á su amante si tenía algo que hacer ese día.

—No —repuso Carlos—; ¿por qué?

— Porque... ya lo verás...

— ¿Me necesitas?

— Sí, te necesito.

— Para acompañarte á casa de tu costurera, ¿no es cierto?

— No; no es cierto...

— Entonces...

— Entonces... ¡Curioso! ¿Quieres saber para qué? Pues bien: te necesito para que me ayudes á completar la instalación de nuestro nido; un nido que será enteramente nuestro; una casita que he alquilado en los alrededores de París, y en la cual nadie podrá escudriñar nuestra existencia. Porque lo que pone furiosas á mis amigas de otro tiempo, es vernos aquí en este antiguo y oscuro hotel, en el cual nació la abuela de mi marido, y la madre de mi marido, y mi marido mismo... ¡Ah, el respeto, la sociedad, la aristocracia, la solidaridad de las altas clases, las manchas que deshonran á toda una casta!... ¡Imbéciles!... Pero, en fin, gracias á

Dios, nosotros no somos hijos de príncipes, ni tenemos necesidad de ellos. Yo soy la Muñeca, tu Muñeca, y tú eres todo para mí. Allá lejos viviremos como se nos antoje; recibiremos á los amigos que nos gustan y por la noche, al volver del teatro, no tendremos miedo de que estas horribles butacas apolilladas se derrumben cuando tú te sientes en ellas y yo en tus piernas. ¿Verdad que estos muebles son muy feos con sus dorados verdosos y sus esculturas grotescas?... Ya verás los que he hecho poner en nuestro nido. ¡Esos sí que son elegantes y confortables! Después de almorzar nos marcharemos de aquí, y esta noche estrenaremos nuestra nueva cama. ¡Di que no estás contento!

Sí lo estaba, sí. Estaba contento de huir de ese barrio en el cual los lacayos de los hoteles vecinos señalábanle con el dedo; estaba contento de alejarse de todas las grandes señoras que volvían la cabeza, para no saludarle, cuando lo veían por la calle; estaba contento, sobre todo, de llevarse á su Muñeca, á su Lili, á su tesoro, lejos del sitio en el cual se había muerto de fastidio durante tantos años, de aquel sitio fatal rodeado de enemigos que hacían lo posible por separarles; en fin, que se asemejaba á la isla misteriosa de la balada flamenca, en que el amor estaba vedado á los mortales. Lo único que le producía un ligero sentimiento nostálgico, eran los muebles tan odiados por la marquesa: los enormes sillones, los inmensos armarios, las mesas monumentales de una elegancia algo pesada, pero de un estilo puro y severo.

Insensiblemente, Llorede había ido familiarizándose con la noble austeridad de la vivienda de su antiguo patrón.— Las puertas esculpidas por artífices anónimos; las vastas chimeneas casi conventuales, de mármol rojo y madera envejecida; los taburetes sostenidos por macizas columnas pacientemente talladas, como pilares de catedral gótica; las vidrieras luminosas, hechas de fragmentos de vidrios multicolores, representando reales besamanos ó suntuosas procesiones; los lechos imponentes, y los demás muebles, desde las sillas cubiertas de cueros blasonados hasta los cortinajes desteñidos, todo lo que contribuía á la vetusta decoración

de la casa solariega, en resumen, parecía venerable á su alma de artista.

Por otra parte, Carlos no acertaba á comprender las razones que su querida hubiera podido tener para no recurrir á él en el momento de comprar los muebles de su nueva casa. «¿Qué habrá comprado? —decíase á sí mismo—. ¿Qué habrá comprado? Muebles Luis XV, sin duda, ligeros, bonitos, *rococós*, cubiertos de sedas claras, muy doraditos, muy lucientes... Mucho terciopelo, tal vez... Tal vez una colección inharmónica de piezas de mil estilos... En fin, ya veremos.» Su sensibilidad de poeta sentíase, de antemano, herida por las faltas de buen gusto que la marquesa hubiera podido cometer al amueblar «el nido».

Su sorpresa fué, pues, muy grande y muy agradable al penetrar en el diminuto palacio alquilado por Liliana en los alrededores de París, entre Bolonia y San Claudio, á orillas del Sena, en uno de los puntos más pintorescos del admirable círculo de árboles que encierra, como con un fresco cinturón de verde fieltro, á la inmensa ciudad de piedra.

— ¿Te gusta el exterior?

— Me parece delicioso.

También el interior era delicioso, con su lujo moderno, artístico, raro; con sus balcones cubiertos de madreselva y de hiedra, y con sus chimeneas de mármol rosado. En vez de los sofás Luis XV y de los espejos Pompadour que Carlos previera con cierto espanto, la Muñeca había buscado, para alhajar las claras piezas de su discreto nido, muebles modernos, muebles estéticos, *firmados* por grandes artistas ingleses y franceses. En las ventanas no había cristales policromos, sino vidrios blancos de una sola pieza, velados por floridas muselinas diáfanas como pétalos de lirio. Las paredes del comedor y de la biblioteca, estaban cubiertas de finísimos tapices de Oriente, ligeros y coloreados, mientras los muros de la alcoba, del cuarto de baño y de otras varias habitaciones, desaparecían detrás de telas de seda fabricadas por Lyberty, vaporosas, desfallecientes,

exquisitas. Sólo el salón principal ostentaba antiguas tapicerías de Gobelinos, cuyos tonos pálidos parecían más apagados aún á causa de los cortinajes de oro y púrpura. Por todas partes las diminutas mesas de laca verde, de laca oscura, de laca color de fuego, sostenían vasos de Sèvres, lámparas de bronce, menudas figulinas de Sajonia o del Japón, floreros de hierro forjado, llenos de iris, de orquídeas, de amarilis o de asfodelos. Sobre los sillones esculpidos y sobre los divanes de seda de la India, abundaban los suntuosos cojines de damasco, de terciopelo, de brocado, todos de colores homogéneos, formando gamas completas de esmeralda, de crema, de zafiro, sin llegar nunca á la violencia de los azules profundos, de los amarillos vulgares, de los verdes chocantes. En todas las estancias el matiz prevalecía sobre el color. Los cuadros eran de Burne Jones, de Puyis de Chavaunes, de Aman-Jean y de otros grandes pintores modernos que han hecho revivir, con un gusto raro en nuestra época, el arte divino de los primitivos, dando una expresión mística á sus figuras casi incorpóreas, á sus mujeres esbeltas como tallos de azucena, á sus lívidas Ofelias, á sus enamoradas extáticas y piadosas...

Dos muebles llamaron especialmente la atención de Carlos: el lecho y la mesa de trabajo. El lecho, de nogal, muy ancho y muy bajo, había sido esculpido por Jean Dampt, y ostentaba, en una serie de bajorrelieves circulares, las principales escenas de la vida de Cleopatra. La mesa de trabajo, obra de Carabin, era una vasta tabla de encina, sostenida por cuatro mujeres arrodilladas, completamente desnudas.

— ¿No te parece que estaremos mejor aquí que en París? — preguntó Liliana al salir de la biblioteca.

¡Oh, sí! —respondió Carlos—. ¡Ya lo creo que estaremos mejor, mucho mejor!

Y cogidos de las manos como dos chiquillos, siguieron visitando los rincones de su nido, contentos de todo y de todo admirados, hablando de sus futuros paseos matinales, de las fiestas que pensaban dar muy á menudo, casi todos los días, en honor de los

artistas del «Círculo de los Intransigentes», de las flores que sembrarían en el jardín, de la tranquilidad silenciosa que reinaría en sus noches de amor, de la libertad y del aislamiento que les permitiría acariciarse eternamente... Hablaban, hablaban; eran felices; y sin contar con el destino, edificaban una vida color de rosa en la arena movediza del Porvenir...

## IX

La casa de la Muñeca fué convirtiéndose poco á poco en un verdadero centro de reunión artística. Atraídos los unos por la amabilidad inteligente de Carlos ó por la belleza de Liliana, y llevados los otros por el deseo de cenar bien, todos los miembros del «Club de los Intransigentes» se daban cita casi á diario en el hotelito de las inmediaciones de París.

— «Los hombres —decía la marquesa— pueden venir todos, cuando quieran y como quieran, pues siendo amigos de Carlos, también lo son míos. No así las mujeres, porque no deseo que mis salones se conviertan en sucursales del Café Americano. Que vengan las que son artistas de verdad y las que viven con franca honradez al lado de uno de nuestros amigos; pero no las que tienen «un viejo» y «un joven» ó muchos jóvenes y muchos más viejos. No. Nada de *cocotas*, nada de «Leonores de Alençon» ni de «bellas Gabrielas» que vendrían con la esperanza de hacer conquistas. ¿No les parece á Uds. que tengo razón?»

Robert contestaba en nombre de los demás:

— ¡Perfectamente! Una mujer bonita tiene siempre razón. Los que no dispongan de una «novia» que sea por lo menos tan honrada como su excelencia la princesa de Chimay, que dejen á sus chicas poniéndoles puntos y comas á sus manuscritos, como Colline dejaba

á su mujer. Por mi parte, vendré solo mientras no pueda robarme á la otra hija de D. Carlos.

De las mujeres que asistían á los banquetes del Club, sólo fueron, pues, admitidas las «casadas», es decir, las que tenían un amante fijo y responsable. «¡Las bellas y honestas damas!», —exclamaba Plese. Fué admitida Laura, la de Rimal; fué admitida Flora de Lys con su banquero; fué admitida la Marieta de Jorge Delmonte; fueron admitidas tres ó cuatro más, con sus «responsables», y también Margarita del Campo, la chiquilla vivaracha á quien la Muñeca había regalado cierta noche un prendedor de esmeraldas y que, aunque desprovista de «marido», recibió una invitación especial.

— Esa morenita endiablada me gusta mucho por su gracia parisiense y algo canallesca, por su ruda franqueza y por su modo de mirar —decía Liliana.

— A mí también me gusta —replicaba Robert—; pero yo estoy demasiado viejo para ser su «joven», y soy demasiado pobre para ser su «viejo».

— Y á mí también —suspiraba Plese—. ¡Ya lo creo que me gusta! ¡Más que Nuestra Señora de la Belleza, ó sea la Venus de Milo!

El único que no parecía tener grandes simpatías por ella era Carlos.

Una noche Margarita llegó más tarde que de costumbre, vestida con un trajecillo de seda clara, tan ligero y ajustado, que atraía voluptuosamente las miradas, revelando formas perfectas y sugiriendo la visión de la carne desnuda. En el índice de su mano izquierda resplandecía una corona de duquesa incrustada de diamantes muy pequeños y diminutos rubíes. Mientras los artistas la decían bromas á propósito de su «impudor en el trajear», el banquero de Flora de Lys aproximóse á ella, y después de examinar la sortija con una minuciosidad que hacía ver su instinto judío, preguntóla de dónde la había sacado.

— ¡La gané! —repuso ella orgullosamente.

— ¿En justa lid de amores? —interrogó Jorge Delmonte.

— No. En un concurso. Figúrense ustedes que el duque de Filieiro, un viejo loco que tiene cara de sanguijuela y que se ha gastado más de cinco millones entre comprar su título en Roma y comprar besos en París, nos invitó hoy á almorzar en el Café Inglés. Toda la «alta *cocotería*» estaba allí, desde su excelencia la princesa Susana de Pibrac, hasta la sucia Tortuga. Todas estaban verdes: «porque no hemos dormido», decían ellas. En realidad estaban verdes porque ya son viejas y necesitan de la luz artificial para parecer guapas. Yo se lo dije á Marta du Ranz, y poco faltó para que me comiera viva. Luisa Valori también me quiso matar porque la aseguré que se parecía á mi abuela. ¡Y yo que se lo aseguré seriamente! La más curiosa de todas era la mujer de Tiriél, que se levantaba á cada instante las faldas, con objeto de enseñarnos sus medias rosadas, bordadas, satinadas, doradas, blasonadas, lucientes: «¿Qué te parecen? ¿qué te parecen?»... y así habría continuado todo el día, levantando la pata, si yo no hubiese tenido la amistosa franqueza de contestarle que «me parecían dignas de mejor suerte». Un periodista propuso entonces que me echasen al agua por insolente, y como yo comprendí que lo hacía por consejo de la Tortuga, que comía á su lado y que no me puede ver, le repuse, sin empacho, que la que necesitaba tomar un baño era su vecina. ¡Si la hubieras visto, mi querido Plese, tú que estás esculpiendo una cabeza de Medusa, te habrías entusiasmado y la habrías querido tomar como modelo!... Al fin del almuerzo, el duque tuvo una idea excelente: improvisar un concurso de pechos, y dar una sortija á la que, según la opinión general, presentase los más lindos senos. Yo gané ¡Y éramos catorce!... Gané este anillo.

—¡Bravo! —gritó Robert—, ¡bravísimo! Pero estoy seguro de que aquí, en este salón en donde sin embargo apenas hay cinco mujeres, no ganarías con tanta facilidad un concurso análogo.

— ¡Oh, no! ¡Aquí no ganaría nunca! ¡Ya lo sé que no! —replicó con vivacidad ingenua la chiquilla, clavando su mirada de fuego en el cuerpo esbelto de Liliana.

— Eres una buena muchacha —prosiguió Robert—, una deliciosa mujercita más guapa que todas las que te quieren mal, y más inteligente que el periodista que quiso echarte al río. Pero no eres caritativa, porque nunca me has dado un beso. ¿Por qué no me has dado nunca un beso? ¿Porque te figuras que no soy guapo? Está bien, aunque ese sea un error imperdonable, y que, sin embargo, te perdono. Estás perdonada, hija mía, y puedes morir sin remordimientos; pero antes es necesario hacer una penitencia...

— ¿Cantar tres veces como gallo?

— No.

— ¿Rezar un rosario?

— Tampoco. La penitencia consistirá en hacer gratis, ante nosotros, el mismo milagro de divinas exhibiciones que te produjo una corona de diamantes en el almuerzo de la noble sanguijuela pontifical.

Margarita del Campo se puso de pie, ruborizada, y dispuesta á ofrecer á todo el mundo el espectáculo de su dorado y redondo seno. Sus manos ligeras é inconscientes habían ya desabrochado el primer botón de su talle, repleto de carne victoriosa, cuando Carlos, desde su sitio, con visible mal humor, dijo en alta voz á Robert:

— Me parece que esta noche tus ocurrencias son algo groseras...

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de la chiquilla, que permaneció inmóvil, sin atreverse á seguir desnudándose, y sin querer, tampoco, darse francamente por insultada.

Liliana comprendió el enfado de su amiga, y, por primera vez en su vida, mostróse en desacuerdo con su amante, yendo hacia Margarita, ayudándola á desabrocharse y diciéndole antes que nadie:

— ¡Eres perfecta como una rosa, Margot!

## X

Margarita del Campo no era perfecta. Era graciosa, era infantil, era fresca, era ágil, era excitante; pero perfecta no. Su belleza carecía de corrección y su alma de grandeza. Su ingenio mismo, tan elogiado entre artistas y escritores, no consistía realmente sino en un don asimilativo completado por cierta vivacidad natural muy común entre las muchachas de París.

Menuda y elegante como las Colombinas de Willette, con algo en el modo de inclinar la cabeza que hacía pensar en las aristocráticas pastoras de Watteau, y mucho, también, en los ademanes y en los gestos de las precoces pecadoras de Steinlen; fresca, sin ser rosada, con una frescura de fruta primaveral, luciente y redonda; llena de agujerillos, que sonreían en sus mejillas, que sonreían en su barba, que sonreían en las articulaciones de sus dedos; pequeñita como una figura de Sajonia; con los cabellos muy negros; con la piel morena cual la de una bailadora marsellesa, Margot producía una sensación de fragilidad voluntariosa y atrevida. Su más irresistible atractivo nacía del contraste diabólico que producían sus ojos negros, profundos, ardientes, casi feroces, con sus labios frescos é ingenuos de niño goloso y alegre.

Su carácter no engañaba á nadie, por otra parte. —Todos sabían que era incapaz del menor sacrificio, interesada, instintivamente cruel y poco sensitiva en el fondo. Pero había tanto buen humor en

su risa sonora y tanto atractivo en sus maneras, que nadie lograba escapar con facilidad á sus mimos y á sus zalamerías, cuando ella se proponía seducirle.

Carlos mismo, que desde el principio la vio con pocas simpatías, parecía inquieto cuando Margot no iba á comer en compañía suya y de su querida.

Liliana, por su parte, hubiera querido no separarse nunca de su amiguita, cuyo modo de ser, no obstante, era tan diferente del suyo propio.

— Margot «me completa» —decía á menudo la Muñeca—, porque tiene lo que á mí me falta: la vida exterior, la violencia, la alegría ruidosa, la ligereza callejera, la picardía parisiense.

Y Robert, cuya afición iba arraigándose, replicaba:

— A mí también me completaría... ¡Vaya!

Algunas mañanas, la marquesa iba á París acompañada de Margarita, con el propósito de hacer compras indispensables, y una vez en medio de esos inmensos bazares de lujo frívolo que se llaman «Printemps» ó «Louvre», olvidábase de sus propias necesidades para no ocuparse sino de los caprichos de la chiquilla: «¡Oh, esos encajes! ¡Ese terciopelo, mira! ¡Qué camisas tan lindas, tan lindas!» Y, en vez de comprar las telas que á ella le hacían falta, la Muñeca compraba las transparentes camisas, los finos encajes y los suntuosos terciopelos que su amiga había admirado.

— ¿Sabes? —dijo un día Margarita á Liliana—, todo lo que hay en mi casa me lo has regalado tú, ¡hasta las sábanas! Lo que me compran los demás, se lo doy enseguida á mi portera.

Para recompensar la galantería, la Muñeca cogió á su amiguita entre los brazos y la estrechó fuertemente contra su pecho, besándola al mismo tiempo los cabellos y la nuca, como á Carlos.

— También los besos que me dan los demás —continuó diciendo Margarita— se evaporan antes de volver yo á casa, mientras los tuyos se impregnan en mi piel y me pican durante la noche, cuando

estoy sola, sola... ¡Es curioso lo que me pasa contigo! Yo soy tu amiga; tú eres más bonita que yo; tú tienes un hombre, y, sin embargo, muchas veces, cuando me abrazas, se me figura que soy tu mujercita... ¡Pero no te enfades, Lili!... Son locuras mías, sin importancia... Dime que no te enfadas y que me perdonas... Si no me lo dices, me vas á hacer llorar... ¡Lili, Lili!... ¿Te enfadas?...

Sin responder una palabra, la marquesa seguía estrechando á Margot con un entusiasmo nervioso, en el aislamiento discreto del gran salón oro y púrpura.

La chiquilla trataba de hacerse más diminuta aún entre los brazos de su amiga, como para que todo su cuerpo pudiera ser acariciado:

— ¡Qué buena eres! —decía—, ¡qué buena! Te juro por las cenizas de mi padre que nunca he querido á nadie como te quiero á ti, ¡á nadie!, á nadie; ni á mamá, ni á mi pobre hermanito que se murió... á nadie en el mundo. ¡Lili!... ¡Si supieras que á veces he tenido envidia pensando en Alina que vive á tu lado, que te desnuda por las noches, que te viste por las mañanas, que puede verte á todas horas, que es tuya!... ¿No te incomodas, Lili?

— No —respondió al fin la marquesa— no pero cállate... me haces daño...

Luego, cogiéndole las manos con violencia, alejándose algo de ella, mirándole los ojos, con voz sorda y descompuesta:

— ¿Y los otros? —le dijo.

Margot parecía no comprender:

— ¿Qué otros?

— Sí, los otros: Robert, que está loco por ti; Luis Galbé, que te ofrece palacios y castillos; los otros, en fin, ¡los otros!...

— ¡Tonta!, ¿qué me importan á mí los otros? Lo único que me interesa en el mundo eres tú... Sólo que...

— ¿Qué?

— No. Nada.

— ¿Qué?

—Nada; nada... ¿Acaso tengo yo derecho para pedirte cuentas de tu conducta? Con un poquito de cariño que quieras darme, seré feliz, y yo, en cambio, te daré todo mi amor. Yo soy libre... Yo no quiero á ningún hombre, y tú eres mi única amiga.

Liliana comprendió las alusiones á Carlos, y quiso hablar, sin saber lo que iba á decir; pero Margot le tapó dulcemente la boca con sus labios de niño vicioso, diciéndola:

— ¡No mientas!

## XI

Mientras Carlos discutía ruidosamente con Plese á propósito de las últimas creaciones de Rodin; mientras la Muñeca y Margot se decían, al oído, frases ligeras y misteriosas; mientras todo el mundo, en fin, parecía contento y excitado, Robert permanecía silencioso, en su butaca, fumando cigarrillos y sirviéndose copas de coñac.

— ¿Qué te pasa, Robert? ¿Por qué estás preocupado y cabizbajo?  
—preguntóle la marquesa.

—Nada, nada... No se ocupen ustedes de mí.

— Déjale —dijo en voz alta Margarita á su amiga—. ¡Es un oso!

Las risas y los discursos continuaron.

Robert era uno de esos escritores parisienses, de la escuela de Villemessant y de Rochefort, que saben ser, al mismo tiempo, ligeros y rudos, batalladores y artistas; y que, en medio de la corrupción casi general de las costumbres periodísticas, conservan siempre un espíritu de rectitud y honradez. Por hacer una broma habría sido capaz de desacreditar á un hombre público. Ninguna ridiculez escapaba á su ingenio sutil, y nunca un enemigo encontró piedad ante su cólera sagrada de defensor del buen gusto. Él conocía su propio mérito, y sin ninguna vaidad, pero con un orgullo melancólico, hablaba á gritos, en los cafés y en las redacciones, de la multitud de escritores jóvenes que parecían despreciarlo, y que,

no obstante, «saqueaban sus libros», aprovechando sus ocurrencias felices ó sus frases originales. Lo único que le había hecho falta para conquistar la celebridad y la riqueza, había sido la buena suerte. «Yo escribo con talento —decía él— y soy trabajador; pero tengo la desgracia de ser al mismo tiempo honrado, y eso hace más daño que la idiotez.»

A los cuarenta años de edad, habiendo publicado ya seis volúmenes compactos sobre la vida de sus contemporáneos, logró entrar, como redactor literario, en uno de los grandes cotidianos del boulevard. «Haga Ud. cuentos, haga Ud. crónicas, hable Ud. contra los poetas alemanes ó contra los dramaturgos escandinavos; pero no me toque Ud. á los hombres del partido, ni menos aún á los filósofos de la Academia», habíale dicho el director. Robert se había sometido, por la primera vez en su vida, á no expresar en sus crónicas todo el horror y todo el asco que la mayor parte de sus contemporáneos célebres le inspiraban. De vez en cuando, sin embargo, su indignación era tal, que, no pudiendo contenerse, fundaba un periodiquillo, que generalmene moría al cabo de pocos meses después de haber desencadenado una tormenta de calumnias sobre las cabezas de sus redactores.

Lo que todos envidiaban en Robert, era la alegría de su carácter y el tono regocijado de su palabra. Nadie le vió nunca triste. Cuando no estaba de buen humor, estaba furioso; pero sus cóleras mismas eran alegres, ruidosas, chispeantes, llenas de carcajadas y de chistes bonachones.

«¡Un atrabiliario!», decían, hablando de él, los que le conocían poco; mas sus verdaderos amigos, Llorede, Plese, Domer, y algunos otros, sabían que en el fondo de ese «atrabiliario» genial, palpitaba un corazón de poeta, tierno, honrado, sensitivo y aun algo loco.

Una noche, hacía tiempo, Plese habíale preguntado, al encontrarle en un baile público:

— ¿Qué haces aquí?

— Estoy buscando una familia.

— ¿Una familia en este baile?

— Sí; en cualquier parte. A mí me hace falta una familia. ¿No conoces á alguien que quisiera venderme una, baratita?

Ese sentimiento, expresado en tono de broma, una noche de *juerga*, era, en realidad, uno de los más arraigados en el alma de Robert. Necesitaba una afección; tenía urgencia de encontrar algo que le proporcionase ciertos goces tranquilos; deseaba, en suma, un poco de cariño para endulzar las agitaciones de su vida.

... Y ese deseo familiar había sido colmado, al fin, por Carlos y Liliana, que eran, para Robert, «como dos hijos»; dos seres más jóvenes que él, dos seres que le querían entrañablemente, que aceptaban sus consejos, y que si no lo trataban como á un padre, tratábanle, al menos, como á un hermano mayor, llamándole á veces «tío», á veces «viejo», á veces «maestro»; amándole siempre mucho.

... Y esa familia se iba desuniendo sin que Lloreda lo notase... Y con la luna de miel, que terminaba, evaporábase también el calor del hogar amigo, del hogar que casi era suyo, «su único hogar».

— «¡Lástima! —pensó el periodista, contemplando á su amigo, que seguía en el otro extremo de la estancia, tratando de convencer á Plese de que Rodin era superior á Miguel Ángel.

«... ¡Lastima! Él está loco por ella, y hace algunos meses el amor de ella era tan grande como el suyo... ¡Quién lo hubiera pensado!.. Es cierto que en cuestiones de amor lo más natural es lo sobrenatural... Y, por otra parte, quizás ella le quiera mucho aún, pues no tiene nada de raro que una mujer engañe á un hombre aun estando enamorada de él... Pero ¿le engaña, ó no le engaña?... Sólo Dios y ella lo saben; y tal vez ni aun ella está segura de lo que hace... ¡Son tan complicadas las mujeres, y en especial las nerviosas é impresionables como la pobre Muñeca!... Ellas mismas ignoran lo que sienten, lo que piensan, lo que desean. Estoy seguro de que entre mil mujeres infieles, hay por lo menos quinientas que no se dan cuenta de sus propias deslealtades... ¡La que no ignora nada es

la otra, la Margarita! Ese monstruo fino como un puñal, frío como un puñal, atrayente como un puñal, haría de mí lo que quisiese, si tuviera el menor interés en convertirme en instrumento suyo! No; esa no ignora lo que hace; pero ¿por qué lo hace?... ¿Por amor? No; no. Liliana pudo excitar durante una noche, ó una semana, su instinto vicioso y malsano de flor perversa; nunca durante tres meses... Y ya hace tres meses que la veo, que la adivino, que siento el verdadero objeto de sus zalamerías, de sus caricias, de sus humildades, de sus besos. La primera vez, sin embargo, que comprendí con claridad lo que iba á suceder aquí, fué cuando yo mismo la obligué á enseñar sus senos, admirables cual el pecado, ante todos nosotros... ¡oh! ¡los ojos de Liliana, esa noche!... Al ver hacia el porvenir, tuve deseos de coger á Carlos por el brazo, de sacudirle, de despertarle... ¡Sólo que es tan cruel despertar á alguien que sonríe al dormir!... Ahora mismo me hallo en un caso igual; ¿por qué no le llamo aparte y le digo todo lo que pienso? Por timidez y por cobardía. Hay algo que me ordena que espere, diciéndome hipócritamente que una circunstancia dichosa puede detener los labios de Liliana, si aún no se han manchado... Porque, después de todo, nadie me prueba á mí que las dos mujeres han dejado de ser amigas... ¡Ojalá! ¡Yo he sido siempre tan mala lengua!... Y si hubiese algo de irreparable, Plese lo vería y los demás lo verían.... En fin... ¡Ojalá!...»

Carlos se acercó á él, y poniéndole cariñosamente la mano en la cabeza, le preguntó la causa de su aburrimiento:

— Nunca te había yo visto así; ¿qué te pasa?

— ¿A mí? —repuso Robert con una sonrisa macabra—; nada; el *spleen*.

— ¿No será...?

— ¿Qué?

— Un misterio; un amor; el deseo de dar un beso á Margarita, por ejemplo...

— ¿Un beso? Sí, eso es; algo más que un beso: un mordisco.

— ¿De veras?

— Después de todo, ¿á ti qué te importa, puesto que tú no me has de regalar á esa mujer?

Carlos se echó á reír.

Luego dijo á su amigo:

— Espérame un instante en la biblioteca, pues tengo que hablar contigo.

«¿Qué querrá decirme? —pensaba Robert esperando á Carlos—. ¿Sabrá algo? Si tiene dudas y quiere preguntarme lo que yo he visto, se lo diré todo. Al fin y al cabo, por eso no se ha de morir... A los veinticinco años las heridas amorosas cicatrizan pronto... y peor para los dos, ¡qué demonio!»

Llorede entró en la biblioteca cinco minutos después de Robert, y desde luego le dijo:

— Tengo un plan.

— ¿Un plan? ¿Para qué?

— Para que puedas dormir con Margot: ¿no quieres dormir con ella? Pues bien: mañana damos una fiesta; ella se emborracha, tú la acompañas a París en nuestro carruaje, y en vez de dar su dirección al cochero, le das la tuya, ¿qué te parece?

— Me parece sencillo como la *Ilíada*. Pero para hacer la *Ilíada* es preciso ser Homero, y para ejecutar con éxito tu plan, es necesario ser un buen mozo como tú. En fin, como nada se pierde...

## XII

Robert tenía la costumbre de no levantarse nunca antes de las doce; pero ese día á las siete estaba ya despierto y sin ningún deseo de volverse á dormir. Comenzó, pues, á vestirse perezosamente, sin saber á punto fijo lo que iba á hacer durante las horas largas y fastidiosas de las mañanas parisienses. «Si estuviésemos en verano —pensó—, me marcharía á Versalles o á San Germán; pero en invierno el campo es horrible. No sé cómo hay gente que vive fuera de las ciudades en este tiempo.» La imagen de Carlos y de Liliana, desterrados por sus propias voluntades en las inmediaciones de París, apareció ante su imaginación y le llenó de tristeza. «Al fin y al cabo —se dijo— son jóvenes; tienen más dinero que yo, y viven allá porque se les antoja. ¡Pobres chicos!» Para convencerse de que era imposible salir á la calle, asomóse un instante á la ventana y se puso á contemplar, con melancólico mal humor, el espectáculo que la gran ciudad ofrecía en esa mañana de enero.

El cielo estaba gris y glauco, cual una inmensa sábana de substancia líquida. La nieve caía en copos menudos, blanqueando los techos de las casas y dando á la capital un aspecto de aldea fantástica ó de paisaje de ópera cómica, somnoliento y letárgico. En el aire flotaba un escalofrío de Navidad inglesa; una monotonía de cántico de día de los Santos; algo que era majestuoso, vago y tierno, como los cuadros en que se mueven las figuras de Dickens y las evocaciones de Hoffmann.

Robert trajeábase ante el espejo de su tocador, preguntándose siempre lo que iba á ser de su persona antes del almuerzo. «¿Ir al estudio de Plese? Sí; tal vez eso es lo mejor. Plese habrá leído ya los periódicos de la mañana y tendrá noticias. ¡Qué actividad la de ese muchacho! Por las noches se le ve en todas partes hasta muy tarde, y por la mañana á las ocho y media está ya en su taller, modelando cabezas de Medusa ó figurillas atormentadas á la Baudelaire... ¡Y con talento! Un talento especialísimo, más ideológico que plástico, hecho de quintas esencias, de refinamientos y de rarezas; un verdadero talento moderno... Sí; lo mejor es hacer una visita á Plese.»

Antes de ponerse el gabán y el sombrero, Robert se examinó largamente en el espejo. «Para no tener más que cincuenta y tantos años —pensó—, ya comienzo á estar algo viejo. Pero aún soy aceptable, ¡qué demonio! y además, mi cabellera es siempre abundosa... ¡Nada! Mientras no esté calvo, no renuncio á hacer conquistas ó, por lo menos, á tratar de hacerlas. Muchos de mis compañeros que están más viejos y más feos que yo tienen todavía veleidades donjuanescas. Al lado de Sarcey y de Rochefort casi soy un Adonis y un pollo... ¡Un pollo algo feo!... Feo, pero simpático; ¿no te parece, Margot?»

Robert se burlaba de su propia figura y de sus más íntimos defectos, diciéndose á sí mismo y diciendo á los demás lo que la hipocresía personal acostumbra, en general, ocultar cuidadosamente. Por eso le llamaban cínico, y por eso se creía él más franco que los demás.

Al entrar en casa de Plese, una criada le dijo que «el señorito» estaba aún en el lecho.

— No importa —repuso el periodista—, voy á despertarle enseguida.

— Es que...

— Nada, nada: yo pertenezco á la policía secreta; para mí no hay misterios.

Y diciendo y haciendo, penetró en la alcoba de su amigo con el bastón levantado en actitud amenazadora:

— ¡Arriba, perezoso, hombre que puede dormir con la conciencia intranquila, arriba!... ¡Y qué olor tan terrible el que hay aquí! ¡Almizcle á dos pesetas el litro y mujer á dos duros la noche!... ¡Arriba!

Al oír las palabras truculentas del periodista, Plese se despertó sobresaltado y entreabrió las cortinas de la cama. Á su lado, una muchacha, robusta y fresca, frotábase los ojos con las manos preguntando «quién era ese loco».

— Es mi padre —díjole en voz baja el escultor.

— ¿Tu qué?...

— ¡Mi padre, chica, mi padre: estamos perdidos!

Ella sonreía con una sonrisa amodorrada é incrédula.

— ¡Sí, señora! —exclamó Robert, en voz muy alta—. Yo tengo la desgracia de haber engendrado á ese caballero que deshonra mis canas y ahonda mis arrugas, echándose, como un loco, entre los brazos de la primera condesa que le hace la corte, ¡Se lo juro á Ud., señora!

La rolliza muchacha, ya del todo despierta, con el pecho redondo y poderoso fuera de las sábanas, miró al periodista; miró en seguida al escultor, y soltando una carcajada que dejó ver sus dientes blancos y cuadrados, dijo á su compañero de lecho:

— ¿Tu padre? ¡Pero si es más joven que tú, hombre!

— Y más bello, ¿no es cierto?

Robert seguía bromeando, pero su vanidad sentía se halagada por la frase de esa desconocida, y un sentimiento muy hondo llenaba de orgullosa alegría todo su corazón.

Plese echó de ver la dicha pasajera de su amigo, cuando éste se acercó al lecho llevando en las manos las prendas de vestir de la chica, para que ella no tuviese necesidad de molestarse yéndolas á

buscar al otro extremo de la estancia y, sobre todo, cuando, más tarde, les invitó á almorzar á ambos.

— ¿Aceptas tú, Plese?

— Con mucho gusto.

— ¿Y tú, duquesa?

Ella también aceptó con verdadero placer, segura de que «ese tipo elegante» les llevaría á un restaurant del boulevard (á un «restaurant *chic*», pensaba la pobre).

Durante el almuerzo, Robert mostróse tan satisfecho como alegre, haciendo bromas á propósito de todo, elogiando la fresca hermosura de su invitada y dando consejos artísticos á su amigo. Luego, en cuanto la chica se hubo marchado, y ya en la intimidad casi desierta de una sala de redacción, habló á Plese de sus proyectos y de los planes de Carlos.

—Ya lo ves —decía el pobre satírico—; yo suelo experimentar deseos violentos, como los de todo el mundo. Ese demonio de Margot me tiene medio loco; pero no creas que estoy enamorado de ella, ni mucho menos. ¿Quererla? ¡Pues no faltaba más! Al contrario, la detesto con toda el alma, y su frialdad me repugna. Pero la necesito físicamente; quiero estrecharla entre los brazos; quiero morderla, quiero estrujarla toda una noche... Al día siguiente me burlaré de ella como de una corbata usada ó de una copa vacía.

— Ten cuidado —respondióle Plese—, porque en muchas ocasiones la sed, en vez de calmarse, se agrava. Así, por ejemplo, yo creí que una vez que hubiera dor midocon Gabriela...

— Tú eres un niño —terminó Robert—. Ya verás.

## XIII

«¡Ya verás!...»

Plese «había visto», en efecto. Había visto á su pobre amigo, en el banquete preparado por Carlos, sentándose junto á Margot y cortejándola humildemente, como un vulgar mendigo de caricias. Le había visto gozoso cuando ella se mostraba alegre y grave cuando ella se mostraba triste. Le había visto, en fin, marchándose muy tarde para acompañarla... sin duda, hasta su puerta...

Porque el escultor conocía á fondo á todas sus amigas, y estaba seguro de que Robert no era, ni con mucho, hombre capaz de conquistar á esa chiquilla viciosa y calculadora, cuyo singular amor propio consistía en encender ardientes deseos para no satisfacerlos nunca.

Acordábase Plese de la historia lamentable de un joven pintor italiano cuya pasión por Margarita había se hecho popular entre los artistas de Montmartre tres años antes. Todas las noches el pintor y Margot se paseaban juntos por los cafés artísticos de París, dándose el brazo como dos novios. Él iba poniéndose cada día más flaco. Ella, siempre fresca y ruidosa, sonreía eternamente. Una mañana, Plese se encontró con ambos en una calle desierta de la «Montaña Sagrada», y los felicitó por haberse levantado tan temprano. «¡Levantarnos! —exclamó ella escandalizada—. ¿Acaso nos acostamos juntos nunca?» Y él agregó con trágico acento:

«¡Nunca!...» Algunos meses más tarde, la misma chica había contado en una taberna de bohemios que «su enamorado» acababa de suicidarse por ella.

Plése recordó las palabras de Margot: «Es un necio; se ha matado porque no le quise amar; ¡como si yo fuera una mujer capaz de amar a nadie!»

Y recordandi esa confesión ingenua y cínica, el escultor de Medusas tuvo miedo de que su amigo, el sutil ironista, pereciera también á causa de aquella morena más menuda que una canéfora de Tanagra y más terrible que una hetaira de la decadencia. «¡Pobre Robert!» —se dijo.

¡Pobre! realmente.

Desde la noche en que, obedeciendo á la voluntad de Carlos, había tratado de dormir con Margot, el terrible y desengañado periodista convirtiósse en adorador apasionado de la mujer que antes sólo le inspirara deseos voluptuosos y repugnancias sentimentales.

Al salir de casa de la Muñeca para acompañar á la Chiquilla, su alma era aún un alma fuerte. —Al llegar á Montmartre, después de haberse embriagado con el perfume de los negros cabellos y de haber acariciado, en el fondo del carruaje, las formas diminutas y redondas, su voluntad había menguado ya, y su corazón era un pobre corazón de poeta adolescente.

— ¿En dónde vives tú, Margot?

— En Montmartre.

— Yo también.

— Entonces, te dejaré en tu casa.

— No; déjame en el café de Atenas... si no quieres venir conmigo... Es alegre, ¿sabes?

— ¡Ah!

— Sí, muy alegre...

Y él, que pensaba dar su dirección al cochero, había dado las señas de ese café, y había entrado en él con su compañera, y allí había pasado toda la noche oyendo canciones imbéciles y tomando copas de Champaña, hasta que, por la mañana, cuando la luz del día comenzó ya á revelar las arrugas de las mujeres que reían á su lado, Margot le dijo:

— Acompáñame.

— ¿Á dónde?

— Á casa.

Y una vez en la puerta de su vivienda, Margarita le había dado un beso, diciéndole que se marchase y que volviera á buscarla, para almorzar, al día siguiente.

— ¿Volver? —decía Robert al acostarse—. ¡Pues no faltaba más!

Pero había vuelto al día siguiente y los otros días, siempre muy temprano; y por la noche la había acompañado de nuevo hasta la puerta de su casa, sin atreverse nunca á dar al cochero las señas de la suya propia.

Carlos, que estaba al corriente de todo, decía á su amigo:

— ¡Eres muy tonto, chico, muy tonto! Á esas mujeres es necesario violarlas ó comprarlas. ¿Tú no la quieres comprar? Está bien; pero, entonces, viólala ó déjala tranquila.

— ¿Qué sabes tú? Yo lo haré todo á mi manera.

Las respuestas de Robert eran tan autoritarias, que nadie volvió á hablarle del asunto, hasta que, algunos meses más tarde, él mismo contó su triste aventura en casa de Carlos, ante Liliana y Rimal:

— La del Campo —dijo— se ha burlado de mí más y mejor que nadie en el mundo. ¡Demonio con la niña! ¡Si la hubieran visto Uds. haciéndome mimos; asegurándome que nadie le era más simpático que yo; dejándose acariciar las manos; «encendiéndome», en fin, con un arte refinado y cruel que sólo las malas mujeres poseen! Todos los días figurábame que era llegado el momento de hablar con

seriedad; todas las mañanas jurábame que esa noche... Y luego, al salir del café, un nuevo fiasco: un beso ligero, un «hasta mañana», una sonrisa, y yo, ante la puerta ya cerrada, avergonzado, escuchando el ruido de sus pasos en la escalera... Más de una vez tuve celos de todo; pero ella se reía tan francamente de mis cavilaciones, que un momento después de habérselas dado á conocer, sentía vergüenza de mis ideas. ¿Querer á otro?... ¡Pues no faltaba más!... Ella no quería á nadie. Ella no quería más que á la Muñeca como á una hermana, y á mí como á su mejor amigo. Pero yo la quería de otra manera. «Ya veremos —suspiraba ella—; ya veremos... más tarde... Dios sabe... quizá.» ¡Que se la lleve el diablo! Ayer, cuando en un ultimátum apasionado le dije que ó venía á acostarse conmigo ó toda nuestra amistad se acababa, me respondió, riendo á carcajadas: «¿Dormir contigo? ¡Estás chiflado! Yo, que no he querido entregarme á una multitud de chicos que me gustan de veras, menos me he de dar á ti. ¡Ah, no!» Y me volvió la espalda y me dejó plantado en el café, sin decirme siquiera «buenas noches»... ¡Demonio de mujercita!... Pero más vale así, porque algunos meses más de esta existencia de sed nunca saciada y de apetito nunca colmado, de esa existencia horrible de Tántalo del amor, me habrían conducido á la locura ó á la imbecilidad... ¡San se acabó!...»

Cuando Robert hubo narrado, así, la leyenda de su fatal idilio, Carlos y Rimal, que conocían el fondo doliente y fogoso de su alma, pusiéronse tristes. Liliana, en cambio, mostrose satisfecha, y dijo, sonriendo con orgullosa discreción:

— ¡Un diablillo la tal Margot, no hay duda; pero es tan simpática... tan simpática!

## XIV

En la casita de las inmediaciones de París, que Liliana había alquilado con objeto de hacerse un nido tibio y discreto, las risas cristalinas, las alegres canciones y los besos juveniles, resonaban ya con menos frecuencia que en los primeros tiempos.

Aparentemente la Muñeca era siempre la misma, pero en el fondo iba operándose en ella un cambio que Carlos no sabía á qué causas atribuir. Las palabras que antes la hubieran chocado, parecían ahora gustarle; su nervosidad, casi morbosa, exaltábase cada vez más; su humor variaba con una facilidad y con una frecuencia verdaderamente inquietantes.

«¿Qué tendrá la pobrecilla? —preguntábase angustioso Llorede—. Ya no es tan alegre como antes.» —Y para tratar de devolverle su antigua alegría ingenua, mostrábase más rendido que nunca, redoblando sus caricias y sus galantes mimos:

— ¿Me quieres, Lili?

— Te quiero mucho, Carlos.

— ¿Con todo tu corazón?

— Con todo mi corazón...

Las palabras eran idénticas y también eran idénticos los juramentos, las preguntas, las promesas:

— ¿Serás mía toda la vida?

— Toda la vida. ¿Y tú?...

— ¡Toda la vida!

Siempre fogosa y lasciva, Liliana recorría, entre los brazos de su amante, el camino que del Deseo lleva al Espasmo, con un ardor vertiginoso; pero, abandonándose menos y exigiendo más, hubiérase dicho que no ya consideraba á Carlos como un compañero de placer, sino como á un esclavo encargado de proporcionarle sensaciones fuertes y raras. A veces Llorede parecía fatigarse antes que ella en la lucha deliciosa de los sexos. «¿De veras?» «Sí; de veras... ¡Estoy muerto!...» Y Liliana, no obstante, exigía esfuerzos sobrehumanos para satisfacer su propio apetito aun no saciado. Otras veces, por el contrario, ella experimentaba un cansancio definitivo antes que él, y entonces sus labios inclementes no ofrecían á los labios enloquecidos de Carlos sino la fría resignación de los besos pasivos...

Llorede preguntábase sin cesar: «¿Qué tendrá mi mujercita? Hace un año, su único amigo era yo, y ella no vivía sino para mí. Ahora sus tristezas son tan frecuentes como sus caprichos, y en ocasiones parece que mis caricias la impacientan y que mi presencia la llena de inquietud. ¿Estará celosa? No... ¿por qué?... ¿de quién?... Las mujeres que vienen á vernos no me han inspirado nunca sino un sentimiento de amistad. Margot es la única que, de cuando en cuando, me da un beso y se sienta á mi lado. Pero Margot es su amiga íntima, su hermanita, como ella dice, su eterna compañera...»

El pobre enamorado recordaba ciertas escenas. Un día, al penetrar de improviso en la alcoba, encontró á su querida y á su amiga medio desnudas. «Estamos probándonos un traje nuevo —háblele dicho Liliana—; déjanos solas.» Otro día las dos mujeres reían, en el salón, cantando canciones sentimentales. Carlos quiso tomar parte en la alegría infantil de su amada, pero al verle llegar, Margarita había exclamado, con su acento atrevido: «¡Aquí no entran los hombres!»

«¿Qué tendrá mi mujercita?»

Robert le reveló, al fin, en un momento de franca cólera, lo que tenía su mujercita.

— ¡Pero eso es horrible! —gritó Llorede—. ¡Eso no puede ser! ¡Tú te equivocas!

— No —repuso Robert—; no me equivoco. La Muñeca ya no te quiere, ó por lo menos, ya no te quiere como antes... Tú mismo lo hubieras comprendido si no estuvieses ciego, cual todos los enamorados. ¿Necesitas las «pruebas» que reclaman á voces los maridos sin fortuna en los dramas de Scribe? Pues te daré pruebas, chico; tu querida recibe cartas de Margot, y seguramente no las quema, porque las mujeres no destruyen jamás los billetes que pueden comprometerlas. Busca esas cartas si necesitas pruebas. Margarita es un monstruo.

— Hablas así por despecho.

— ¡Tal vez! Yo mismo no lo sé. Pero, en todo caso, te digo la verdad: Margot es un monstruo y tu querida es una histérica.

— ¡Robert!...

— No te enfades. Entre nosotros la hipocresía es una pura necesidad. Tú conoces mejor que yo el carácter nervioso, impresionable y enfermizo de la Muñeca; tú mismo me has dicho en más de una ocasión, que la creías capaz de todo, á causa de su temperamento desequilibrado. Yo también la creo capaz de todo, y á veces sus ojos de lujuria, esos ojos cuya mirada vivía devorando tu cuerpo, inspirábanme vagos y penetrantes temores... por ti. Yo la creo capaz de todo, de la castidad más completa, del vicio más estupendo, de todo, en fin, porque sé que su alma es voluntariosa y sensual... Al fin y al cabo, si te separas de ella, mejor para ti. A tu edad esas heridas se curan... Y estando solo, trabajarás, harás algo... En la vida es necesario tener valor...

Carlos no escuchaba ya las palabras de su amigo. Recostado en una butaca, con un cigarrillo entre los labios y aparentemente tranquilo, parecía aletargado. Sus pupilas, dilatadas e inmóviles, acariciaban, sin cólera visible, una imagen lejana. Con la imaginación

veía á Liliana de mil maneras: —la veía en su lecho, con los rubios cabellos sueltos alrededor del cuello desnudo; la veía de pie en medio de sus amigos, sonriente y alegre; la veía grave, la veía colérica, la veía triste.— Luego la veía al lado de Margot, en el sofá diminuto del «Círculo de los Intransigentes»; la veía con Margot en la intimidad de su *boudoir*; la veía con Margot por todas partes, corriendo como una chiquilla, enterneciéndose como una hermana, besándola como un amante. «¡Liliana!... ¡Margot!... ¿Sería posible?» En su visión, los dos rostros juveniles confundíanse, y los rasgos menudos y atrevidos de la una se mezclaban con las perfectas facciones de la otra en una fantástica imagen de ensueño...

Robert seguía hablando:

—Los hombres como nosotros no debieran enamorarse nunca de las mujeres que, al sentirse libres, creen que deben conocerlo todo, y que nos encuentran fastidiosos en cuanto ya no poseemos ningún placer oculto que revelarlas. Esas mujeres tienen alma de prostitutas. Ya sé yo que para ti el alma de las cortesanas es un alma como las demás almas, buena y mala, cobarde y heroica, una pobre alma humana, en fin, igual á la de todo el mundo, multiforme y lamentable... Pero eso es literatura, hijo mío. En la vida real, tales almas son fatales porque nos atormentan con sus fantasías de vorágines. Está bien que despreciemos á las burguesas cuando hablamos de ellas en el café. ¡Oh, la innoble raza de las burguesas, el cocido diario, las patatas del amor, las camisas sin encaje, los besos sin sangre, la vulgaridad y etcétera!... Sí, perfectamente... Sólo que para vivir, no hay nada superior á esas pobres burguesas que paren y que no saben volvernlos locos con sus senos prematuramente marchitos... Tú estás en condiciones envidiables para casarte, chico... Y luego, ¡qué demonio!... ya encontrarás oportunidades, de cuando en cuando, para ponerle cuernos complicados á tu mujer... que te querrá mucho. El concubinato es odioso. Es necesario volver á tus crónicas, á tus cafés, á tus teatros. Las Lilianas y las Margots, son buenas para una noche, pero no para toda la vida. Lo que te sucede ahora, tenía que sucederte algún día,

porque supongo que tú no te figuraste nunca que vuestro amor iba á durar eternamente...

## XV

Al volver á su nido, después de oír las revelaciones de Robert, Carlos encontró á Liliana sentada en un inmenso canapé de la biblioteca, entre Plese y Margot.

— El amo llega hoy tarde —dijo el escultor al verle entrar.

Y después de una pausa, agregó en voz alta:

— Más vale así, porque si hubiera venido temprano, no habríamos podido hablar con libertad.

— ¿Era muy serio lo que decían ustedes? —preguntó Llorede tratando de parecer amable y tranquilo.

— ¡Ya lo creo que era serio! —repuso Margarita—. Como que la Muñeca se quejaba de la conducta que observas desde hace algún tiempo. Según parece, te pasas la vida fuera de casa... y Dios sabe en dónde!

Esas palabras tranquilizaron momentáneamente el espíritu de Carlos, haciéndole suponer que si su querida se quejaba de él, era porque le amaba, y que Robert podía muy bien haber acusado á Liliana con objeto de vengarse de Margarita del Campo.

Una gran tristeza invadió entonces su alma. «Los hombres son todos iguales —pensó—, y basta con un indicio cualquiera, por insignificante que sea, para hacerles suponer las más inverosímiles

infamias. Robert es un buen amigo, pero su carácter violento y alocado le lleva con frecuencia á cometer injusticias atroces. Lo que me ha dicho hoy, no tiene ni aun visos de verdad... ¿Mi mujercita, engañándome con su amiga, entregándose á perversidades contrarias á la naturaleza, convirtiéndose en una viciosa de la decadencia latina? ¡En verdad que está loco mi pobre amigo! ¡Si me hubiera dicho que Lili dormía con Plese o con Rimal!... ¡pero con Margot!... ¡Qué bárbaro!... ¡Y todo porque Margot le mandó á paseo, burlándose de él!... A menos que haya sido una broma... muy pesada... ¡Y mientras yo le oía pacientemente, aquí todo el mundo pensaba en mí!...»

Con todo y los discursos que él mismo se hacía mentalmente para tranquilizarse, Carlos experimentaba, sin darse cuenta de ello, una turbación íntima y una congoja nunca antes sentida. En el fondo de su alma la duda iba echando raíces, y, á pesar de que las meditaciones y las deducciones lógicas le llevaban á suponer que la marquesa no podía engañarle, la imagen de Margot y de su querida confundíanse en su visión formando un grupo obsesionante y obsceno.

Desde que Robert le dijo lo que á él se le figuraba ser la verdad, hasta la hora de comer, Carlos vivió toda una existencia de crueles tormentos. Cinco ó seis horas antes, ninguna suposición, ninguna duda, ningún temor amargaba su idilio. Y sin embargo, cuando Plese le preguntó, en medio de la comida, lo que había hecho en el día, Llorede tuvo la sensación de haber existido durante varios años desde que por la mañana saliera de su casa para ir á visitar á Robert.

La Muñeca y su amiga discutían, con verdadero entusiasmo, á propósito de las modas nuevas.

— Por mi parte —decía Margot—, yo me alegro de que las medias negras hayan caído en desuso, porque ya se iban vulgarizando de un modo odioso. Todas las burguesas llevan ahora medias negras.

— Es cierto —replicaba Liliana—; pero con las medias de color que empiezan á ponerse á la moda, sucederá una cosa aun peor, y es que, para llamar la atención, las mujeres llegarán á usar colores espantosos. ¿Te has figurado el efecto que producirán las piernas de Rosa Blanca, por ejemplo, forradas de seda amarilla?

— ¿Y qué te importan á las demás? Nosotras no debemos fijarnos sino en lo que nos conviene á nosotras mismas. Tú con unas medias lilas, serás deliciosa, y yo con colores fuertes, los púrpuras, los amarantos intensos, pareceré má morena aún que con los antiguos forros negros.

— ¿Y si un día se le ocurre á uno de tus amantes obligarte á que lleves medias verdes?

— La que está verde eres tú. ¿Acaso soy yo capaz de dejarme dominar por un hombre?

— En cuanto se trata de modas nuevas, eres inaguantable.

— Y tú, en cuanto se trata de conservar vejestorios, eres más inigualable aún. Después de todo, á mí lo que más me gusta son los calcetines escoceses, que dejan la pantorrilla desnuda y que producen un efecto á la par perverso é infantil. Pero eso es para el verano. En invierno, las medias son indispensables.

Carlos no ponía gran atención en lo que las dos mujeres se decían. Ocupado en dar vueltas en el fondo de su cerebro á las ideas que le atormentaban, cultivando sus propias preocupaciones secretas, sólo contestaba con sonrisas forzadas y con frases indiferentes á las preguntas que le dirigían. De vez en cuando, sin embargo, una palabra suelta, un «querido diablillo» dirigido por Liliana á su amiga, un «itontita!» lanzado por Margot á la Muñeca, sacábanle de su cruel ensimismamiento para producirle un escalofrío nervioso. «¿Sería cierto?... De que se querían mucho no cabía duda. ¿Pero quererse con los sentidos, acostarse juntas, engañarle? No, no. «¡Pero entonces!...»

De pronto Plese se fijó en la extrema palidez y en las profundas ojeras que daban aquella noche á su amigo un aspecto de

convaleciente, y con aire malicioso, dijo:

— El pobre Carlos no puede ocultar sus exquisitas fatigas. Hoy nos cuenta, con el rostro ojeroso, la historia de su idilio de anoche... Mis felicitaciones, señora...

— ¡Ah! —exclamó Margot irónicamente—. ¡Ah!...

Y Liliana, muy tranquila, repuso:

— Si está fatigado es porque se fatiga fuera de casa, pues nuestras noches no tienen, en verdad, nada fatigantes.

Llorede se mordió los labios, colérico y humillado. Luego, para no dar margen á nuevas impertinencias, habló de París, de los asuntos del día, de la sesión de la Cámara de Diputados, en la cual los socialistas y los conservadores habíanse atacado á puñetazos; habló de Gabriel D'Annunzio, á quien había conocido la víspera en un café del boulevard; habló de la soberbia actitud política de Emilio Zola; habló de todo, en fin; hizo chistes, dio su opinión sobre los últimos acontecimientos literarios, contó anécdotas picantes, y hasta el fin de la comida fué, entre todos, el más animado y el más elocuente.

## XVI

Después de haber pasado la noche en vela, preguntándose siempre si «eso sería verdad»; examinando todas las circunstancias de su vida amorosa; recordando la expresión de las miradas de Margarita y de las sonrisas de sus amigos; oyendo la respiración de Liliana; razonando consigo mismo; sufriendo, en fin, el más horrible de los tormentos sentimentales, Carlos se levantó con el día.

Cuando comenzaba á vestirse, su querida entreabrió los ojos y le preguntó si tenía intenciones de salir tan temprano.

—Sí —repuso Lloreda—, un instante; volveré antes de que tú estés vestida.

Sin decir una palabra más, ella volvió á dormirse, mientras él pensaba nostálgicamente en otras madrugadas análogas, en las cuales su Muñeca había parecido inquieta al verle saltar del lecho. «Sin duda —se dijo—, esta mujer ya no es la misma; ya no me quiere como antes... Pero, aun no queriéndome puede serme fiel... Y sobre todo, es tan inverosímil lo que me ha dicho Robert... Al mismo tiempo, las mujeres son tan capaces de todo... Tal vez... ¡Pero no; no!»

En la exaltación de su dolor, Carlos llegó á resignarse á no ser amado, con tal de no haber sido engañado. Su orgullo inconsciente aceptó la perspectiva de la separación, del olvido, del sacrificio de su

propio amor; mas no el sacrificio de su amor propio. Con mucha tranquilidad decíase á sí mismo: «¡Ya no me quiere; se acabó!» Pero al decirse «¡Prefiere á otro, á otra; me engaña!», no podía menos que experimentar un padecimiento casi material, que le oprimía el pecho haciéndole un nudo misterioso en la garganta.

Ya vestido, entró en la biblioteca; quiso leer para «huirse á sí mismo»; buscó un libro, é instintivamente se dirigió al estante en el cual la Muñeca tenía sus obras predilectas: *La Tentación*, de Flaubert; *Thaïs*, de Anatole France; *El Triunfo de la muerte*, de D'Annunzio; *Afrodita*, de Pierre Louÿs; *Sonyeuse*, de Lorrain; las novelas de Goncourt, de Maizeroy, de Catulle Mendès, de Daudet... —«¡No, no!... ¡Todo eso es inmoral, todo eso es disolvente; eso es lo que ha pervertido á Liliana... no... no...!» Y las escenas de tales libros, los besos de Crisis, el orgullo de Thaïs, los consejos de D'Annunzio, la libertad de Sapho, todas las descripciones pasionales que él mismo había considerado como puras obras maestras dignas de ser leídas por el mundo entero, sólo parecíanle ahora dignas del fuego de la Inquisición, por haber contribuido á formar el alma libre, sensual y caprichosa de la Muñeca. Al fin tomó un volumen encuadernado en terciopelo rosa, y, sin ver el título, lo abrió y comenzó á leerlo. Era un diálogo («¿de Gyp?... ¿de Lavedan?...»): Thaïs aconsejaba á su amiga que no llorase la pérdida de su amante, «porque un amante puede reemplazarse en el acto con otro amante, y ningún hombre joven y hermoso vale más que otro hombre hermoso y joven.» «¡Excelentes ideas!», murmuró colérico Llorede, leyendo el título: «*Diálogos de las Cortesanas*, de Luciano.» Luego tomó otro libro más voluminoso y de aspecto más serio, cuya cubierta no ostentaba rótulo ninguno; lo abrió y vio en la primera página el siguiente título: *Justina*, por el marqués de Sade... «¡Bonitas novelas lee esta mujer!» Iba á buscar otra obra, cuando Alina penetró en la biblioteca llevando las cartas que el correo acababa de traer, y que eran todas para él. Al reconocer en el sobre de una de ellas la letra de Robert, abrióla ansiosamente con una vaga esperanza de excusas ideales. «Querido Carlos —decía el periodista—: Te escribo á casa de Liliana sin saber á punto fijo si aun

vives allí. Te escribo para confirmarte todo (todo, hijo mío), todo lo que te dije esta mañana. Yo creo que eso es cierto: que tu querida y la que no quiso ser mi querida, duermen juntas. ¡Lo creo firmemente! Sin embargo, te ruego, en nombre de nuestra antigua amistad, que no digas una palabra (si aun no la has dicho) antes de buscar una prueba. Cuando te marchaste casi sin saludarme, me arrepentí de haber sido franco; mas á medida que pienso en tu situación, me convenzo mejor de que hice bien. Cuenta conmigo para todo, en todo caso, toda la vida, y perdóname si te he hecho mucho daño. Ven en cuanto puedas á darme un abrazo, ó mejor dicho, á recibir los que yo quiero darte. —Tu *Robert*.»

El primer impulso de Llorede fué llamar á un criado y mandar buscar un carruaje, con objeto de ir á París, á casa de su amigo. No lo hizo, empero, porque tuvo miedo de leer en el rostro de los servidores de Liliana una revelación irónica é insultante. Se quedó quieto en la biblioteca, hojeando libros, leyendo de nuevo, de vez en cuando, algunas frases de la carta que había recibido, dejando que la lucha formidable de sus dudas siguiese atormentándole interiormente. «¿Será posible? ¿Será posible?»

Al fin tomó una determinación definitiva: hablar francamente á Liliana del asunto. «En cuanto se levante —pensó—, la digo mis penas y mis suposiciones.» Pero no lo hizo; no se atrevió á hacerlo. Almorzó al lado de su querida, la dirigió mil interrogaciones que no tenían que ver nada con su idea fija; la habló de Robert, de Rimal, de Plese; le habló de política y de literatura; la habló de todo y no la habló de nada...

«Soy un niño —díjose al salir del comedor—, no le he explicado las razones de mi frialdad y de mi mal humor. En seguida...» —Mas tampoco lo hizo en seguida.

Al fin, á eso de las cinco de la tarde, cuando Alina principiaba á encender las lámparas, Carlos dijo con una frialdad temblorosa á su amiga:

— Lee eso —y al mismo tiempo le entregó la carta que había recibido por la mañana.

La Muñeca comenzó á leer con indiferencia; enseguida leyó con atención; luego leyó en alta voz sonriendo las últimas frases acusadoras «... cuando te marchaste casi sin saludarme, me arrepentí de haber sido franco; mas á medida que pienso en tu situación, me convenzo mejor de que hice bien...» Al fin, una carcajada sarcástica brotó de los labios de Liliana.

Carlos permanecía ante ella de pie, como petrificado.

Después de mirarle en silencio con sus grandes ojos catalépticos, la marquesa exclamó enérgicamente:

— Bueno, ¿y qué?

— Nada... que necesito que me digas si es cierto lo que Robert asegura con tanta insistencia.

— ¿Y qué es lo que asegura? Yo no veo que asegure nada.

— Sí, Lili, sí; asegura que tú y Margot...

— ¿Qué? —interrumpió ella, colérica.

Haciendo un esfuerzo, Carlos prosiguió:

— ... dormís juntas y os burláis de mí. ¿Es cierto? Dime la verdad, Lili... Mi Lili..., dime la verdad...

— Eso no merece respuesta ninguna.

— Sí; es necesario... te exijo una respuesta, una prueba... algo que me tranquilice ó que me confunda. ¡Necesito saber lo que tú has hecho... te lo ordeno!

— ¿Me lo qué?

— ¡Te lo ordeno... te lo ruego... te lo imploro!...

— Pues bien: no tengo nada que decirte. Yo soy libre; puedo hacer lo que quiera; nadie debe ordenarme nada... ¿Que te dé cuenta de mis acciones? ¡Pues no faltaba más! Lo único que te digo

es que quiero á Margot más que á ti, y que si eso te incomoda, puedes marcharte.

— Entonces...

— Entonces lo que se te antoje... Y después de todo, hace mucho tiempo que hubieras debido comprender que ya nuestro amor estaba muerto.

Con una tranquilidad súbita, Carlos repuso:

— Está bien: me marchó ahora mismo para dejarte sumida en tu fango...

— ¡Ah! —rugió Liliana—. ¿Mi fango? Pues hace algunos días te parecía muy agradable, mi fango... Y después de todo, si quieres quedarte aquí, me marcharé yo misma... Te regalo los muebles, mira, y... la casa también, si la quieres... ¡el fango!... ¿no quieres la casa?... ¡mi fango!...

## XVII

Con una serenidad que nadie le habría creído capaz en semejante situación, Carlos salió, para siempre, de su nido, tarareando una canción á la moda:

«¡Montmartre es la mitad del mundo  
Y París es la otra mitad!...»

En la puerta encendió un cigarrillo. Algunos pasos más adelante detúvose para comprar los periódicos del día. Luego echó á andar hacia el bosque de Bolonia, cuyos árboles sin hojas erguían sus ramas amarillas en la oscuridad friolenta de esa tarde invernal... ¡Anduvo, anduvo, anduvo! Atravesó los senderos desiertos que van á la Cascada; pasó frente á los cafés de la alameda de las Acacias; bordeó los lagos.... Anduvo durante una hora, sin pensar en nada, sin sufrir, sin atormentarse interiormente, moviéndose como un autómatas, no sabiendo á punto fijo de dónde venía ni á dónde iba... Anduvo, anduvo...

De pronto un relámpago de cólera pasó por su cerebro. «¡Miserable!» —dijo en voz alta, pensando, no en la mujer que le había engañado, sino en el amigo que tuvo la franqueza brutal de abrirle los ojos á la realidad.

Ya cerca de París, al contemplar en el horizonte las filas interminables de faroles encendidos que corren desde la puerta

Maillot hasta el Arco del Triunfo, y que luego se esparcen, á lo lejos, en un aleteo luminoso de puntos dorados; al verse cerca de esa gran ciudad gris, ruidosa, febril; al pensar en la tristeza de su porvenir, no pudo contener las lágrimas y comenzó a llorar, de pie, en medio de la ruta, como un niño que hubiera perdido a su madre y que no supiese a dónde ir.

Realmente, no sabía a dónde ir. Lo había perdido todo, había perdido la paz del alma, la tranquilidad del espíritu, la dicha. ¿La dicha? ¡Si no fuera más que eso! Había perdido el único objeto de su existencia y el único ideal de su vida. ¿Qué iba a ser de él en adelante? Ni aun preguntárselo a sí mismo se atrevía. ¡El futuro! ¿Acaso existe el futuro en esos casos? Lo que le martirizaba era el presente con su realidad solitaria y su recuerdo del pasado venturoso.

Porque Carlos había olvidado por completo las dudas, los celos y los tormentos de la víspera, para no recordar sino la época paradisiaca durante la cual su vida había sido un idilio perpetuo, un abrazo sin fin, una interminable caricia, una embriaguez perenne de los sentidos y un eterno embeleso del alma... ¡Oh! ¡aquellos días! ¡aquellos días en que todo sonaba á sus oídos como un divino epitalamio, en que el sol no parecía brillar sino para dar más esplendor á la cabellera de Liliana, en que el aire parecía traer, en sus alas, besos, suspiros, alientos tibios!... Y viviendo de nuevo, con la imaginación, todo su pasado adorable, Carlos sentíase sin fuerzas para soportar el aislamiento... Y de sus párpados las lágrimas resbalaban, abundantemente, bañando su rostro crispado y lívido.

«¿Adónde ir?» Él no lo sabía, en verdad... «¿Adónde ir? ¿A qué?...» Su vida no tenía ya objeto ninguno.

Una chiquilla friolenta y enfermiza se acercó y le pidió, «por el amor de Dios, una limosnita». Instintivamente y sin volver siquiera hacia ella los ojos llorosos, Llorede sacóse del bolsillo una moneda y se la dio. Un instante después, la chiquilla volvió sofocada diciendo: «¡Caballero! ¡Caballero!» —«¿Qué quieres?» —«Que se ha equivocado Ud., caballero, y que me ha dado una pieza de oro.»

Este rasgo hizo sonreír al amante sin fortuna. «Guárdala, niña, es para ti.» Y luego, dándole otra moneda de cuatro duros: «Esta también es para ti; toma.» La niña harapienta se echó á los pies de su protector y le besó las manos con un ardor que tenía algo de hambriento.

Esa escena, desgarradora en su rápida simplicidad, consoló momentáneamente á Carlos, haciéndole ver que no sólo él era desgraciado en el mundo. «¡Dios sabe! —exclamó dirigiéndose con una solemnidad macabra á un árbol— tal vez el porvenir me reserva el goce de dejar de sufrir, que para mí es más necesario que el goce de gozar.» En seguida echó de ver que Baudelaire había dicho aquello antes que él, y su plagio involuntario le obligó á pensar, por una literaria asociación de ideas, imposible de analizarse, en sus amigos, en los cafés artísticos, en las borracheras de vino, de luz y de carcajadas que habían constituido su vida en otro tiempo.

Al llegar á la puerta de Neuilly, tomó un coche y se hizo llevar á una taberna de Montmartre, en la cual comían algunos literatos con sus queridas, y dos ó tres pintores con sus modelos.

— Allí —pensó—, al menos, no estaré solo.

Al volver á su «casa de soltero», después de las cuatro de la madrugada, habiendo ya apurado muchas copas de champaña, y habiendo, sobre todo, dicho muchísimas tonterías, acostóse en un diván, cantando estribillos estúpidamente obscenos:

«Te escribo de San Nazario,  
que es una buena ciudá:  
aquí no reso el rosario,  
cuando Juana... *la-ra-lá...*»

... y sin quitarse la ropa, se quedó al fin dormido.

## XVIII

Al romper, con una violencia imprevista, los lazos sentimentales que la unían á Carlos de Llorede, Liliana experimentó de nuevo la sensación complicada de libertad dichosa y de cruel melancolía, que la muerte de su marido habíale producido mucho tiempo antes.

Su alma se sentía libre, completamente libre, y el horizonte se ensanchaba ante ella permitiéndole respirar á su antojo. «¡La independencia! En adelante su único guía sería el instinto...» Pero al mismo tiempo una vaga congoja oprimía su pecho, llenando de amargura todas las esperanzas de vida libre que su deseo acariciaba.

Por otra parte, su independencia no era completa, puesto que Margot seguía siendo para ella la compañera tiránica y hábil que, sin exigir nada, sin ordenar nunca, pareciendo siempre dispuesta á someterse, impedíala usar en absoluto de la libertad y entregarse á sus propias curiosidades vertiginosas.

Haciendo á veces un esfuerzo, la Muñeca trataba de probarse á sí misma que ninguna voluntad podía oponerse á la suya, y creyendo ejercer un acto enérgico, marchábase á París sin esperar á su amiga, y regresaba luego muy tarde, dispuesta á no dar explicaciones de ningún género en caso de que Margot la interrogara sobre sus largos paseos solitarios.

Pero Margot era bastante inteligente para comprender el peligro que las exigencias hubieran hecho correr en ciertos casos á su amistad, y así, en vez de enfadarse á causa de los caprichos de la marquesa, hacíase la indiferente y se mostraba siempre satisfecha.

— La señora ha salido sin decir á qué hora volverá —decíale Alina.

Y ella contestaba sonriendo:

— Está bien... La esperaré un instante en la biblioteca.

Al encontrarse sola, Margarita continuaba sonriendo, no ya con la sonrisa casi infantil que sus labios tenían ante los demás, sino de un modo irónico y orgulloso. Mentalmente decíase: «Hay algo que cambia en el corazón y en el cerebro de Liliana. Ella cree que ha hecho un acto heroico al separarse de su amante; cree que ha recobrado su libertad y trata de hacérmelo ver... ¡No importa! Yo no tengo derecho ninguno á quejarme de su conducta, puesto que, al fin y al cabo, ella es para mí como un amante que paga, que puede exigir y que conserva su independencia. Por lo pronto, tratar de obligarla á no pensar sino en mí, sería una necesidad que pudiera muy bien echar á perderlo todo... ¡Esperemos!... Tal vez más tarde, cuando la crisis haya pasado, cuando se canse de otros hombres, cuando se convenza de que todos son iguales... Y, después de todo, si no le conviene seguir siendo mi amiga, bien puede decírmelo con claridad... Pero no... Lo único temible sería una reconciliación, y eso me parece imposible, al menos por ahora... ¡Luego.. luego, Dios dirá!...»

La marquesa no experimentaba ningún deseo fijo y definido. Parodiando á las heroínas de Stendhal, solía, á veces, en el aislamiento silencioso de sus mañanas, interrogarse á sí misma, buscando su propia alma en el laberinto contradictorio de sus impresiones anhelantes y brumosas. Sólo una idea era en ella neta: la voluntad de ser libre y de gozar sin reserva alguna de su libertad. En cuanto á los medios de realizar su deseo, no los conocía. Su proyecto de vida futura semejábase á un vasto plano de futura ciudad, en el cual un ingeniero no hubiese trazado sino el

alineamiento general, dejando libre campo á la fantasía y al azar para la construcción de los edificios.

Viva y calculadora, Margarita sabía aprovechar el estado de ánimo de su amiga para conducirla hacia la vida de aventuras frívolas que, rompiendo su energía é inspirándole el cansancio de las caricias masculinas, asegurasen al mismo tiempo el olvido completo de Carlos.

Un día Liliana la preguntó:

— ¿Estás contenta de mí?

— Sí; muy contenta, contentísima... ¡te quiero tanto! —repuso Margot— pero...

— ¿Pero qué?

— Pero estoy inquieta...

— ¿Inquieta? ¿Y por qué?

— Porque no creo en que vuestra ruptura sea definitiva, y porque estoy segura de que más tarde, dentro de una semana, dentro de un mes, dentro de un año... siempre demasiado pronto para mí, te reconciliarás, y al reconciliarte... déjame hablar... al reconciliarte con él, tendrás que renunciar por completo á tu pobre Margot. Yo sé lo que me digo, conociéndote como te conozco, y sabiendo que tienes necesidad de un hombre. Yo también tengo necesidad *de eso* á veces; pero yo no soy una sensitiva como tú, y cuando el deseo de caricias brutales está colmado en mi cuerpo, mi alma queda libre de toda influencia. Verte cada día en los brazos de un hombre distinto no sería para mí tan cruel como verte durante meses y meses al lado del mismo amante. Además, entre Carlos y tú hay un lazo indestructible, que os unirá siempre y á pesar de todo...

— ¿Un lazo?...

— Sí. Carlos ha sido tu iniciador...

— ¡Pero si yo había sido casada antes de conocerle!

— No importa. ¿Acaso te he dicho que fué el primero que te dio un beso? Entre el que revela los misterios carnales y el que inicia en la locura del placer, hay una diferencia muy grande. El marido, ó el amante, que nos posee antes que nadie, no suele ser el iniciador. La primera caricia no nos deja, por lo general, sino un recuerdo cruel y brumoso... la primera caricia material, digo... Por eso las mujeres engañan tan á menudo á sus esposos. En cambio, el hombre escogido por nosotras mismas cuando hemos pertenecido á alguien, el que nos ayuda á saborear por primera vez todos los goces, el iniciador, en fin, es inolvidable. Para mí el marido es el «desflorador», y el amante el «iniciador». Olvidar al marido es fácil. Olvidar al amante es imposible.

— ¿Sabes una cosa?

— ¿Qué?

— Pues es que tengo la idea de haber leído ya todo eso en un libro de Armand Charpentier.

Margarita, que acababa, en efecto, de leer *L'Initiateur*, se mordió los labios con disgusto. Luego prosiguió:

— No sé: tal vez... al fin y al cabo, eso lo ha repetido todo el mundo porque es verdad... Si no pudiésemos decir sino cosas que nadie ha escrito, es probable que no diríamos nunca una palabra... Pero eso es verdad, Lili... ¡Ya lo verás!... Al fin y al cabo, no es por molestarte por lo que te lo digo, puesto que la víctima de todo seré yo... ¡Yo, que no te podré volver á ver cuando Carlos se reconcilie contigo!...

La Muñeca se puso de pie, nerviosa; cogió á su amiga por los brazos, y obligándola bruscamente á levantarse, la dijo:

— Vas á prometerme...

— ¡Oh, lo que quieras, Lili, lo que quieras!

— Déjame hablar, mujer... Vas á prometerme que no volverás á pronunciar nunca el nombre de Carlos en mi presencia.

— ¿De veras?

— Sí. ¿Me lo prometes?

Margot echó los brazos al cuello de la marquesa, y besándole los ojos, los cabellos, los labios, concluyó:

— Te lo prometo... te lo juro... sí... mi Lili... La que más sufre pensando en 'eso, soy yo... que te quiero tanto, tanto!

A pesar de tal promesa, Liliana y Margarita hablaban con mucha frecuencia de Llorede, á propósito de mil y mil recuerdos inolvidables. Un hombre que vive al lado de una mujer durante largo tiempo, deja siempre detrás de sí la huella de su paso. Una silla que él prefería á las demás; un libro en el cual está escrito su nombre; una frase que le era familiar; un cuadro traído por él; otra multitud de detalles minuciosos, en fin, evocan á cada instante, en la memoria de la que se queda, el recuerdo de quien se va, prolongando así la presencia visionaria del amante muerto —muerto ó ido...

## XIX

Sentadas una al lado de la otra, ante la mesa de uno de esos ruidosos restaurantes parisienses que no cierran sus puertas en toda la noche, Liliana y Margarita acababan de cenar alegremente, hablándose al oído como dos enamorados, dándose, con ternura, «las más expresivas gracias» con cualquier pretexto; sonriendo siempre al dirigirse la palabra, rozándose con las piernas y estrechándose, de vez en cuando, las manos.

— ¿Tomas café? —preguntó Margot.

— Si tú tomas, sí —repuso Liliana.

— ¿Y *chartreuse*?... ¿Tomas *chartreuse*, Lili?

— Con una condición...

— ¡Oh, con condiciones!...

— Sí; con la condición de que has de beber en mi copa.

— Así me parecerá mejor, pero también me emborrachará más fácilmente...

Cuando el mozo, después de haber servido el café, colocó ante ellas tres ó cuatro frascos de licores diferentes y una bandeja llena de cajetillas de cigarrillos exóticos, Liliana exclamó:

— Aquí me han tomado á mí por un hombre, y hasta tabaco me ofrecen.

Margot abrió una de las cajetillas y encendió un cigarrillo turco; pero apenas se lo había llevado á los labios, cuando la Muñeca se lo arrebató, diciendo:

— Éste es para mí.

— Me dejarás, por lo menos, robarte algunas chupadas, ¿eh?

— ¡Viciosa!

— ¿Me quieres mucho?

— Te adoro.

... Y así, bebiendo en la misma copa, fumando el mismo cigarrillo y dirigiéndose palabras tiernas, las dos amigas se embriagaban de alcohol, de luz y de amor, con una inconsciencia de cortesanas profesionales.

Al lado de ellas, una infinidad de mujeres pintadas y de hombres medio borrachos, bebían, gritaban, acariciábanse, preparaban planes lascivos para ejecutarlos algunas horas después, y discutían, en voz alta, sobre el precio de un beso ó de una noche.

A cada instante veíase entrar una nueva pareja o un nuevo grupo.

La atmósfera ardiente estaba cargada de perfumes fuertes y embriagadores, entre los cuales sobresalía el olor de la carne femenina, de la carne amorosa y limpia, ese olor tan especial y tan variado, suave y acre á la vez, olor de morena, olor de rubia, olor de piel madura y de piel adolescente; olor de cuerpo frío, de cuerpo vertiginoso; olor de cabelleras y de brazos; moléculas penetrantes de verbena, de cloroformo, de jazmín, de rosas encarnadas, de ámbar gris; esencias misteriosas y emanaciones sin nombre; toda la gama, en fin, de aromas sutiles, de aromas secretos, de aromas alucinantes, que componen el *odor di fémína*, y que, flotando en ese espacio reducido, convertían el ambiente en diáfana red de irresistibles sugerencias...

La Muñeca respiraba con voluptuosidad en esa atmósfera cargada, en la cual, hasta el humo de sus cigarrillos parecía exhalar un perfume capitoso de plantas orientales.

— ¿No te parece raro este restaurante? —le preguntó Margarita, llenando de nuevo su copa de *chartreuse* y de menta verde—. A mí me gusta más que ningún otro.

— A mí también... Todo el mundo parece contento; todo el mundo ríe... Yo me siento más feliz y más libre que nunca, á tu lado... Tú conoces á muchas de estas gentes, ¿no es cierto?

— A muchas no; pero sí conozco á algunas... A esos que están allá, junto á los músicos, sí que les conozco...

— ¿Los músicos?... ¿En dónde hay músicos?...

— Todavía no han principiado á tocar... Es curioso que no principien sino después de las dos de la madrugada... ya los verás. Allá, donde están esos dos tipos de quienes te hablaba.

— ¡Ah, sí! ¿Y quiénes son ellos?

— El moreno es hermano de Sara, la del Teatro Francés; ¿no has oído nunca hablar de ellos?... Figúrate que viven juntos....

— ¿Él y Sara?

— Sí, los dos, en la misma pieza.... Viven como Caín y su hermana.... ¡Y lo extraordinario es que no lo niegan!...

— Es curioso... Yo no sé si sería capaz, aun estando enamorada de mi hermano... ¿Y tú?...

— Yo tampoco... pero ¿qué sabe uno?... ¡Hay tantos ejemplos!... Sara me respondió, un día que yo le hablaba de su situación, citando á lord Byron y á otros muchos grandes hombres que han vivido con sus hermanas...

— Los cainistas; sí...

En una mesa contigua á la de Liliana, dos chicos que no parecían tener más de diez y ocho años apuraban á grandes sorbos sendos

jarros de cerveza, con templando con embeleso el espectáculo del vicio que se ofrecía á sus ojos adolescentes. Ambos eran rubios y muy pálidos, con rostros finos y atrevidos, de andróginos lascivos. Las mujeres, al pasar, les acariciaban los cabellos llamándoles «señoritas», ó aconsejándoles que fuesen á acostarse con sus mamás. Ellos levantaban entonces las manos, y con un gesto rápido y simultáneo, acariciaban el pecho ó las piernas de sus interlocutoras, para probarles que ni eran «señoritas» ni tenían deseos de dormir con sus mamás.

De pronto uno ellos, el más joven, sacó de la faltriquera un tabaco inmenso, y dirigiéndose á la Muñeca, que seguía fumando, la pidió fuego irónicamente.

Liliana le dio su cigarrillo con una gravedad cómica, diciéndole:

— Tome Ud., caballero, y salude en mi nombre á sus hijos.

El chico encendió su puro y devolvió el cigarrillo. Luego, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, repuso:

— No; yo no tengo hijos, porque mis mujeres son incapaces de hacerlos. ¿Y usted, señora, tampoco los tiene?

— Dos, mayores que Ud.

— ¡Oh! ¡No puede ser, señora! Figúrese Ud. que yo tengo ya diez y siete años cumplidos.

— ¿De veras, caballero? ¡En verdad que es usted un hombre maduro!

Margot reía á carcajadas contemplando la gravedad insolente del chico y oyendo las respuestas funambulescas de la Muñeca.

Liliana continuó:

— ¿Y viene Ud. con frecuencia á este restaurant?

— De cuando en cuando, para hacer una conquista... Esta noche, las únicas mujeres que me gustan son Ud. y su amiga.

— ¿Y querría Ud. conquistarnos á las dos? Para un hombre viejo como Ud., debe de ser difícil contentar á dos mujeres en un mismo día. ¿O tengo acaso el gusto de hablar con el mismísimo caballero de Casanova?

— Deme Ud. un beso...

— Con mucho gusto; y dos también; pero mejor sería que viniesen, Ud. y su amiguito, á sentarse al lado nuestro.

Margot, siempre riendo, intervino:

— ¡Me parece!... En vez de decir tonterías y de hacer el señorón, ven con el otro á tomar una copa, hijo.

Al cabo de un cuarto de hora de charla, sentados ya los cuatro ante la misma mesa, los chicos habían perdido mucho aplomo, comprendiendo que las mujeres que estaban junto á ellos no eran simples *cocotas*.

— ¿No me hablas más de tus mujeres incapaces de tener hijos? — decía Liliana al más joven, acariciándole las manos, mientras Margot estrechaba las del otro, preguntándole su nombre.

Los sensuales violines de la orquesta húngara habían comenzado á modular, en el fondo de la sala, sus quejas prolongadas de lascivia, de pereza, de pasión y de espasmo.

— ¿Queréis venir todos á casa? —interrogó la Mu ñeca á eso de las tres de la madrugada.

Los chicos se miraron las caras, indecisos, como consultándose el uno al otro. Al fin uno de ellos dijo á su compañero:

— Si quieres...

Y el otro, enloquecido por las caricias de Margot, que le había echado el brazo al cuello y que, con la punta de la lengua, le lamía la oreja, repuso que sí...

— ¡Oh, sí!... —(tímidamente).

## XX

En la sala de billar del «Círculo de los Intransigentes», Plese, Rimal, Delmonte y Robert, hablaban de todo y de todos. Hablaban de un drama anarquista de Mirbeau; hablaban de una comedia heroica de Rostand; hablaban de los últimos libros de Zola y de los más impertinentes cancioneros de Montmartre.

— Mirbeau —decía Delmonte— tiene mucho talento; pero es un hombre desagradable, áspero, atrabiliario. En cuanto á Rostand, casi me parece un imbécil.

— ¡Un imbécil! —replicaba Rimnal—. No; no es un imbécil, pero tampoco es superior á Moliere y á Tirso como lo asegura ese pobre Faguet. Es sencillamanete un poeta agradable. Por mi parte, yo no puedo olvidar la nimiedad elegante y odiosa de su primer libro, titulado *Musardises*, en respuesta á otro libro escrito por su mujer... En aquella época todos le considerábamos como á un joven canario, que cantaba para su joven canaria... ¡Uff!... Todo eso es artificial y débil... Al fin y al cabo, el único teatro que puede existir en nuestra época, es la comedia cruel y lapidaria de Donay, de Lavedan, de Becque... ¿No te parece, Robert?

Robert respondía por medio de monosílabos malhumorados, sin expresar claramente su opinión.

De pronto, Plese preguntó á Rimal si había visto á Carlos la víspera en el estreno del *Renacimiento*.

Rimal contestó:

— Sí; sí le vi... Estaba con el director de la *Revista Parisiense* y con dos actrices del Palacio Real... Pero ¿por qué no viene nunca al Círculo?... Se me figura que comienza á envanecerse con sus triunfos... ¿Y la Muñeca?...

— En efecto, ¿qué se ha hecho la Muñeca? —interrogó Rimal.

Temiendo alguna indiscreción hiriente ó burlona, Robert tomó la palabra:

— La Muñeca —dijo— no era ni con mucho la mujer que convenía á Llorede... No quiero decir que sea una mala mujer, ni mucho menos... pero, en fin, Carlos necesita algo más sencillo, más natural, menos literario, menos curioso y menos lascivo que esa chica... Uds., que la conocen tanto como yo, comprenderán lo difícil que debe de haber sido para nuestro amigo vivir al lado de una mujer caprichosa, orgullosa, ávida de sensaciones raras y casi histérica. Yo le hablé varias veces de eso á Carlos, con una franqueza brutal, y creo que mis consejos contribuyeron á decidirle...

— Entonces —interrumpió Plese—, ¿tú te figuras que fué él quien se marchó, y no ella quien le obligó á marcharse?

— ¡Ya lo creo que me lo figuro!... como que es la purísima verdad... Pero, en fin, esto no tiene gran importancia... Llorede está libre, comienza á trabajar de nuevo...

— ¿Y crees que vive dichoso?

— Dichoso no. ¿Quién es dichoso en este mundo? ¿Eres dichoso tú? Yo no... ni nadie... Pero si Llorede se siente más desgraciado ahora que hace dos meses, no es justamente por causa de la Muñeca, sino por haber tenido que renunciar de pronto á una vida á la cual ya estaba acostumbrado. En general, cuando un hombre se separa de una mujer, lo que más le hace sufrir es el cambio de vida

y la idea de que un sentimiento acaba de morir en su alma... Estoy seguro de que Carlos comienza á estar tranquilo...

— Como el agua que duerme —murmuró Delmonte.

— ¡Como todo el mundo! ¡qué demonio! Como tú, como yo, como el vecino... Nosotros tenemos la manía de complicar las cosas más simples y de no querer creer que una mujer que ríe, ríe, en efecto, de buenas ganas... No, señor, para nosotros esa mujer ríe para esconder una lágrima ó para no gritar, porque la víspera se murió un caballero que fué amigo de su abuelo... ¡Qué sutileza!... Carlos está tranquilo, como están tranquilos los mozos de treinta años que acaban de perder una querida bonita y que no han encontrado aún otra bonita querida para reemplazarla. Ya le verás una de estas noches, aquí o en cualquier café, al lado de una chica guapa, muy contento y muy enamorado, bebiendo como un loco, pellizcando las piernas de su nueva Dulcinea, haciendo todas las adorables tonterías que hacen los amantes... Pero aun viéndole así, tú te has de figurar siempre que está á punto de matarse, porque tienes la desgracia de ser un psicólogo... ¡oh, un psicólogo!... La psicología es una enfermedad terrible, que te impedirá siempre ver las cosas tales y como son... Más te valiera ser sencillo y no imitar á Julián Sorel ni á Barrès... Porque mira que es triste eso de ser el discípulo del autor del *Jardín de Berenice*.

Para evitar los discursos malhumorados de Robert, Plese trató de hablar de otra cosa:

— Esta mañana —dijo— vino á mi estudio la marquesa de Tecor, ¿no la conocen Uds?... Es una mujer muy hermosa, muy rica, muy ligera de cascos... ¿Y saben Uds. á qué vino? Pues nada menos que á pedirme que la hiciese un busto desnudo —«desnudo hasta el ombligo»— decía ella con su noble boca impúdica.

— La conozco —repuso Delmonte—; y, en efecto, es una mujer de impudor bíblico. Sólo que ni es muy noble, ni es muy rica... A mí me está debiendo una medalla, desde el año de la Exposición. Ten cuidado... á menos que quieras hacerte pagar en besos... o en algo

más... Y lo que es como belleza, chico, te aseguro que no vale la pena...

— Tú te vuelves cada día más exigente desde que Margot se desnuda en tu taller... Y a propósito, ¿cómo te paga Margot sus bustos?

— Del mismo modo que la marquesa te pagará a ti los suyos.

Robert preguntó fríamente:

— ¿Tú duermes con la del Campo?

— A veces —contestó el escultor—. ¿Estás celoso?

— No.

— ... Porque si tienes deseos de dormir con ella, me parece que no es difícil conseguirlo. Se ha vuelto muy caritativa, y hasta Plese ha pasado una noche en su casa.

— ¿Yo? —exclamó el aludido—. ¡no; no es cierto!

Robert se había puesto pálido; y sin decir una palabra, miraba a sus amigos y se mordía el labio inferior nerviosamente. Después de un instante de reflexiones silenciosas, terminó como hablando consigo mismo:

— Aquí el único franco soy yo... y el único imbécil también!...

Luego tomó su sombrero, marchóse casi sin despedirse de nadie, y trató de pensar en algo que no tuviese nada que ver con Margot, ni con la Muñeca, ni con Carlos. «Ya yo estoy viejo para esas tonterías —decíase—. Ahora lo único que me conviene es el amor á precio fijo, á día fijo, á ración fija... Una hora cada semana, en cualquier entresuelo de la calle de Marbeuf, al lado de una mujer que no sea muy joven, ni muy bonita, pero que sea blanca, rubia, complaciente y sin nada de particular en la cara ni en el cuerpo, para que, en vez de dejarme un recuerdo nostálgico, me deje únicamente el consuelo de un apetito saciado... El amor está bien cuando uno tiene veinte años y necesidad de sufrir... Yo ya estoy viejo, viejo, viejo... y no tengo ningún deseo de convertirme en un masoquista

sentimental... En el fondo, más vale que la tonta de Margot no haya querido ser amable para conmigo, pues sus besos me habrían costado muchas crónicas, y, como dice Balzac, ninguna noche de amor vale una página... ¡Balzac!... Ese sí que era un hombre!... jamás una pasión en su vida!... Y Zola también es un hombre que trabaja sin descanso y que se contenta con su mujer... ¡El trabajo!... Es necesario vivir alegremente y no atormentarse por las chiquillas que tienen el pecho bonito y los ojos negros... ¡Trabajar!... Yo no vuelvo á acordarme de ninguna mujer... ¡oh, no!... ¡no!...»

Algunas horas después, sin embargo, el pobre periodista sorprendióse á sí mismo acariciando con la imaginación la imagen picaresca y excitante de Margarita. «Soy un necio incurable» — pensó.

## XXI

Superficialmente considerado, Carlos de Lloreda parecía un perfecto ejemplar de esa raza irónica y escéptica de artistas analizadores, que florecieron en Francia cuando Renán, Taine y Dumas eran los apóstoles de la juventud intelectual. Elegante y frío como Mauricio Barrés; prematuramente austero como Paul Bourget; sin hacer nunca gala de las costumbres bohemias del antiguo barrio latino; bien relacionado, bien trajeado, bien afeitado, cuidando siempre con una meticulosidad impecable sus frases y sus lazos de corbata, todo el mundo se lo figuraba predestinado á casarse con una «rica heredera» y á no escribir sino en la *Revista de Ambos Mundos*. «Tú llegarás á ser académico» —decíanle á veces sus amigos— y él lo creía sin dificultad, por estar convencido de no ser un genio, sino sencillamente un hombre hábil, agradable é inteligente. Sus escrúpulos no eran ni muy grandes ni muy numerosos. Contemplando, á veces, en el espejo, sus ojos melancólicos y sus labios sonrientes, pensaba que las mujeres serían su mejor apoyo para llegar al pináculo de la fama y de la fortuna. «Las mujeres... ¡ah!... las mujeres sirven para todo, con tal de no enamorarse de ellas...»

La noche en que la marquesa, ya viuda, se ofreció á él con un impudor mal disimulado, Carlos sintió en el fondo de su alma un miedo vago de futura dominación; pero creyéndose más fuerte de lo que en realidad era, apenas se atrevió á pensar con franqueza en el

porvenir, diciéndose, para tranquilizarse, que esa aventura duraría algunos meses, lo mismo que todas las aventuras juveniles, y que terminaría sin dejarle ninguna herida profunda en el corazón. Los meses pasaron, sin embargo, y luego pasó también un año, al cabo del cual Lloreda no era ya el hombre que despreciaba á las mujeres, sino el esclavo rendido de una mujer.

En realidad, Carlos había sido siempre un ser débil, sensitivo y orgulloso, sin ninguna verdadera robustez moral. Degenerado, como casi todos los artistas modernos, no á causa de las condiciones atávicas de su naturaleza, sino por culpa de la vida contemporánea y de la evolución de su propia personalidad en el medio ambiente de la existencia literaria de París, sus cualidades enérgicas habíanse atrofiado de un modo precoz é insensible, en beneficio de sus gustos refinados. La idea del mundo real confundíase en su cerebro con la idea artificial de un orbe fantástico, y de esa mezcla de visiones inarmónicas nacía en él una doble personalidad que le impedía conocerse á sí mismo. «¿Estoy o no estoy locamente enamorado?» —preguntábase con frecuencia; y sus respuestas variaban con cada circunstancia especial. Después de una semana de vida idílica, contestábase: «Sí; estoy enamorado; la quiero mucho; pero loco no estoy»—; después de los temores provocados por la visita del notario, ó de otro contratiempo cualquiera, decíase: «¡Estoy loco, loco de amor; no hay duda de que lo estoy!»

Al sentirse abandonado y engañado por la Muñeca, después de sufrir inconscientemente durante algunos días, trató de sobreponerse á su propio dolor, y de analizar su lamentable estado de ánimo. Con una tristeza llena de resignación y de humildad, comprendió desde luego que la idea que él y los demás se habían formado de su carácter era la más falsa de las ideas. —No; él no era hábil; no era calculador; no era escéptico—; él no carecía de escrúpulos, ni era tampoco un simple combatiente en la palestra de la lucha social, dispuesto á triunfar por todos los medios—; no; él no era un futuro explotador de la influencia femenina... No... Él no era sino un artista, un hombre sentimental, sensual, inquieto, capaz de las más grandes pasiones y de los más dolorosos sacrificios. Durante

los largos meses pasados en casa de su querida, había saboreado todos los goces y todos los dolores que un amante puede experimentar en la encantadora monotonía de un idilio, y nunca, en esa época, pensó seriamente en que los besos pudieran agotarse. Luego su análisis no le hizo ver sino la persistencia de su pobre amor, que subsistía por encima del desprecio, por encima de la humillación, por encima del odio mismo.

Porque Carlos odiaba y despreciaba á Liliana... La despreciaba, la odiaba, y al mismo tiempo la adoraba.

Por las noches, al acostarse, después de haber absorbido mucho alcohol y mucho humo; después de haber hecho lo posible por olvidarse á sí mismo y por parecer alegre... al acostarse en su lecho solitario, la nostalgia de las caricias gozadas, acentuábase hasta el punto de producirle un verdadero delirio de los sentidos, impidiéndole coordinar las ideas, sumiéndole en un estado de insomnio lascivo é incoherente. Figurábase, á veces, que la Muñeca estaba allí, á su lado, ofreciendo al ardor de sus labios la belleza delicada y adorable de su cuerpo complaciente. «¡Lili!... ¡Lili!... Dime que me adoras!... Yo te idolatro con toda mi alma, con toda mi carne... locamente... ¡Lili!...» Y, buscando á la amada, movía el brazo sin dirección fija, como un autómeta. Otras veces ocurríasele pensar que Liliana acariciaba á Margot ante su vista, y entonces un impulso rabioso le hacía morderse los labios, llenándole de coraje contra la querida infiel y viciosa; pero sin suprimir en sus sentidos los deseos lascivos... Odiándola ó adorándola; figurándosela rendida ó indiferente, en fin, siempre sentía, al pensar en ella, al soñar en ella, al verla á su lado con la imagi nación, un deseo febril de poseerla, de oprimirla contra el pecho, de respirarla, de morderla, de saciar en sus labios la sed que le devoraba.

En la tranquilidad relativa de sus mañanas, solía decirse: «Lo que lloro en esa mujer no es la mujer misma, sino únicamente su carne, el perfume capitoso de su seno, la parte material de su persona, los brazos, los labios... nada más. En cuanto á la parte espiritual de su belleza, los ojos, la sonrisa, la actitud, casi nunca sueño en ella.

Cuando me la figuro decapitada y exánime, sin voluntad, sin fuego y enteramente carnal, la deseo con más ardor que nunca... Lo que me atormenta, pues, no es el amor mismo, es la Lujuria.»

Una noche quiso calmar sus anhelos sensuales en un lecho de ocasión; y aunque que sin grandes esperanzas de verdadero placer, y deseando solamente no dormir en su alcoba desolada con la sombra del amor muerto, dejóse seducir por una vendedora de caricias que le ofrecía, en la puerta del café de Montmartre, la mitad de su cama y toda su belleza, á cambio de una pieza de oro. Esa noche Carlos durmió bien, después de haber gozado realmente, como un animal rijoso, entre los hábiles brazos de su compañera. Al abrir los ojos, muy de mañana, experimentó, sin embargo, una melancólica congoja, cual si el acto que acababa de cometer hubiera sido la suprema profanación de su amor por la marquesa; y sin dirigir la palabra á la pecadora, que dormía aún, marchóse precipitadamente jurándose á sí mismo, como todos los artistas exasperados, que en el porvenir se refugiaría en el trabajo y no buscaría el olvido de sus penas sino en la producción literaria.

«¡Trabajaré!» —se dijo.

Y trabajó, en efecto; pero no sin asociar la imagen de la Muñeca á su labor. Sabiendo que Liliana leía el *Gil Blas*, el *Fígaro* y el *Eco de París*, colaboró de preferencia en esos periódicos. Sin confesárselo á sí mismo con franqueza, trabajó, pues, para «ella», escogiendo, al hacerlo, las frases que más podían gustarle, las imágenes que más seductoras pudieran parecerle, los asuntos que mejor halagasen su gusto femenino. Trabajó con pasión, encontrando en esa correspondencia indirecta, un alivio á sus males sensitivos.

## XXII

Con una alegría nerviosa y malsana, la Muñeca continuaba frecuentando los establecimientos que en París se llaman «lugares de placer».

Margarita la conducía á todos los barrios, revelándola, casi á diario, un nuevo restaurant nocturno, un teatrillo poco conocido, ó una misteriosa y lejana taberna artística.

— ¿Adónde me llevas esta noche, Margot?

— ¿Esta noche?... al teatro de la calle Ballu, en el cual los *pantins* representan el *Ubu Rey* de Jarry, una pieza extraordinaria que provocó grandes escándalos hace un año en «La Obra».

— ¿Y al salir del teatro?

— ¡Ah! ¡es cierto!... Al salir del teatro iremos á Montmartre, á ver al autor del drama y á sus amigos; ¿te parece?

— Sí; perfectamente...

Al principio Liliana se entregaba á su vida de desorden con un entusiasmo apasionado, no desperdiciando ninguna ocasión de ver un espectáculo raro ó de hablar con un hombre original. Todo lo extraño, todo lo misterioso, todo lo infame, despertaba su curiosidad enfermiza hasta el punto de producirle verdaderas crisis de deseo. Los magos discípulos de Peladan; los místicos compañeros de Jules

Bois; los cultivadores de ciencias herméticas; los poetas que glorificaban á Isis y que creían en el abate Vintras; los bebedores de éter ó de opio; los pálidos hijos de Thomas de Quincey; los bohemios satánicos á la Baudelaire; los efebos adoradores de su propio sexo, verlenianos ó wildistas; toda la gran caravana de la moderna decadencia, en fin, atraía á la antigua marquesa, con el prestigio de sus pecados y de sus refinamientos.

Algunos extraños artistas melencólicos habíanle producido una impresión pasajera y sobrenatural, obligándola á disfrazarse de Ofelia en la penumbra de su alcoba, diciéndole, en el lecho, la leyenda espeluznante de Gilles de Rez, mezclando los ritos religiosos á las locuras de la lascivia, convirtiendo su pecho desnudo en tabernáculo de ritos ocultos, iniciándola, en suma, con una seriedad increíble, en los arcanos del placer diabólico. Pero ninguna de tales fiestas del vicio laborioso y artificial lograba, á la larga, satisfacer por completo sus sentidos.

El último poeta decadente que la había alucinado, con sutiles manejos eróticos, durante toda una semana, era Ernesto Gramont, joven flamenco, autor de un libro sobre *Las devociones carnales*, escrito á la manera de los estudios psicológicos de Pol Demande.

Gramont usaba, en sus relaciones amorosas, de una solemnidad hierática, ejerciendo el «sacrilegio profesional» de un modo instintivo é inquietante. Antes de acostarse, arrodillábase ante la Muñeca y la recitaba sus ruegos amorosos en estrofas de un ritmo severo y no siempre impecable, de cuya magnífica monotonía de órgano surgían, de vez en cuando, gritos agudos de pena ó de esperanza; gritos histéricos que duraban un instante, al cabo del cual la mística melopea volvía á desarrollar, en la languidez salmódica de la eurythmia, sus cláusulas dolientes y entusiastas de antífona, de himno, de letanía, de plegaria... Creyéndole algo loco, Liliana sometíase á los caprichos de su voluntad quejumbrosa, con una ternura compuesta de piedad cariñosa y de voluptuosa curiosidad. Las mujeres, en general, se sienten más halagadas cuando un amante las compara á la Virgen que cuando las compara

á Venus, y todos poseemos, en el fondo del alma, cierta levadura diabólica, que nos obliga á mezclar los ardores terrenales con los anhelos religiosos. «Hay una línea ideal —dice un filósofo— en donde la devoción, el amor y el sentimiento de la muerte se confunden.» Y Demande asegura que la más palpable prueba de esa mezcla, son «los celos, que obligan al hombre á disputar á Dios el corazón de una mujer». Sin ser profundamente religiosa, la Muñeca conservaba, de sus primeros años pasados en un convento, el catolicismo vago que, según la frase de Goncourt, «sirve, como un pañuelo, para enjugarse las lágrimas». Los ardientes discursos en que Ernesto la comparaba la *Santa Teresa desmayada de amor*, del Bernin, ó con la *Santa Catalina desfalleciente*, del Sodoma, producíanle un estremecimiento delicioso. Ese idilio, tan sacrílego cual breve, terminó al fin, como debía terminar á causa de la misma exaltación en los medios empleados por los amantes.

Al volver de una fiesta que había durado toda la noche, Ernesto y Liliana pasaron frente á una iglesia, á la hora de la primera misa.

— Entremos... ¿quieres que entremos?

— Sí... entremos...

Una vez en el templo, el poeta obligó á su querida á confesarse. Luego la hizo comulgar, como Demande á Albina.

Dos horas después, ambos confundían sus besos extáticos y sus viciosas caricias en el gran lecho esculpido por el cincel prestigioso de Dampt... Y más tarde, mucho más tarde, al despertarse, sintiendo una repugnancia infinita por su adorador, discípulo de Demande, Liliana quiso de nuevo ser libre y dormir sola.

— ¡Vete!... ¡márchate!...

Todas aquellas aventuras singulares, tan pacientemente preparadas y tan nerviosamente deseadas, no dejaban en el cerebro de la marquesa sino el recuerdo brumoso de un viaje á países desconocidos, á países sin sol, sin aire, oprimentes, turbadores, exóticos y lejanos.

Su carne febril de hembra fogosa experimentó en breve la nostalgia de las francas caricias de Carlos, y la necesidad de robustos y sencillos abrazos de hombre.

«Los goces complicados —pensaba— tienen su atractivo especial, como las zalamerías innobles de Margot tienen su sabor picante y exquisito en ciertos casos. Las naturalezas debilitadas y los temperamentos fríos, deben de encontrar en todo eso una mezcla de dolor y de gusto, de una penetrante intensidad... Yo también... á veces... ¡Sólo que yo tengo apenas treinta años y necesito algo más fuerte... mucho más fuerte... algo que sea brutal, que me doblegue, que me rinda, que me calme, que sea superior á mí!»

Una noche tuvo un sueño que le hizo gozar más que la realidad de sus frecuentes y sabios placeres. Soñó que acababa de cumplir los quince años, y que vivía fuera de París, en el castillo de su padre. Entre los servidores de la noble vivienda, había un campesino joven, musculoso, guapo, ágil, atrevido, cuadrado de torso y redondo de cara, que le servía á ella de cochero todas las mañanas. Cierta día, al atravesar el bosque que separaba su casa del pueblo, el campesino se detuvo repentinamente; volvióse hacia ella con los ojos encendidos por el deseo, y en silencio, sin rogar, sin amenazar, obedeciendo á una fuerza incontrastable de león hambriento, la violó en pleno campo, bajo la inmensa caricia de un sol estival...

Poco á poco sus pupilas ardientes fueron fijándose con preferencia en los mozos de aspecto fornido.

— ¿Sabes? —dijo al fin á Margot en un momento de franqueza—. ¿Sabes?... los poetas no me gustan ya, por sus pequeñeces lascivas y sus manías viciosas. Para cosas sabias no hay nadie como tú... Lo único que ahora me tienta es el hombre robusto, como...

— ¿Como Carlos?

— No... Sí... Más robusto, más hombre todavía, como un cosaco, como los atletas de las ferias.

Margarita reía irónicamente oyendo á su amiga. Ésta continuó:

— Como el luchador del Luxemburgo; algo que sea más alto, más macizo que los hombres en general... pero ¿por qué ríes?...

— Porque eres una niña.

— Una bestia, quieres decir... Pues bien: en efecto, soy una bestia que desea un amante cual el raptor de Europa... Ya sé que eso no te gusta á ti, pero, en fin, por probar...

— No; si no lo digo porque tu deseo me parezca mal, sino porque me parece que si lo que necesitas es un macho, no lo encontrarás entre los que parecen atletas. Dicen que Casanova era pálido y delgado, á pesar de lo cual dormía á veces con siete mujeres en la misma noche.

— ¿Entonces?

— Entonces... Esa es una casualidad que no se revela por medio de ningún signo exterior. Yo conozco á algunos tísicos mucho más poderosos que los atletas de feria.

«Tal vez es cierto —dijose á sí misma la marquesa—. Carlos era insaciable... Pero Carlos ya no existe para mí... ino! ino!... Y, además, Carlos no era robusto y ponía algo de literario en sus caricias.»

En los labios de la Muñeca, la palabra «literario», quería decir «artificial», «quintaesenciado», «decadente». —Las orquídeas y los iris; las telas fabricadas por Liberty; las combinaciones sutiles de pálidos matices; las cabelleras peinadas á la Boticelli; mil cosas más, en fin, parecíanle «literarias». —«Yo misma, por mis gustos caprichosos y mis ardores febriles —decíase— soy algo literaria.» Y luego agregaba mentalmente, con un ligero suspiro: «... Por culpa de Carlos, que fué quien modeló mi alma á su antojo!»

## XXIII

Hacía dos semanas que la Muñeca llevaba, según su propia expresión, «una vida de anacoreta», acostándose siempre sola y siempre temprano, levantándose muy tarde, leyendo poco y no saliendo casi nunca de su casa. Algunos amigos iban á visitarla diariamente, pero «sólo á visitarla». La misma Margarita tenía que marcharse después de comer, porque Liliana la había dicho con franqueza que deseaba pasar sus noches en la más completa de las soledades.

Admirada de su casta carencia de deseos definidos, la marquesa llegó á figurarse, en ciertos instantes de tranquilo bienestar, que su gusto por las aventuras se había agotado, y que su ser, prematuramente envejecido, comenzaba ya á sufrir de la enfermedad psicológica que Juan de Tinan llama «la impotencia de amar». Los célebres versos de Mallarmé, que dicen la tristeza de la carne y la imposibilidad de encontrar el goce cuando se carece de curiosidad, acudían á menudo á su memoria como el *ritornello* de sus más íntimos pensamientos.

Una intensa languidez iba apoderándose de su corazón y hacía cambiar sus gustos y sus deseos, obligándola á preferir la música á la pintura, los perfumes á las formas, y los poemas á las novelas. Las quejas brumosas de Grieg, que surgían del piano, llenando el espacio de ondas mecedoras, sumíanla en una especie de baño

psicoterápico que le permitía olvidarse á sí misma y permanecer horas enteras bajo la influencia calmante de vagas y dulces sensaciones. Cuando quería leer, buscaba un volumen cualquiera de versos y leía en voz alta, escuchando el ritmo, sin hacer ningún esfuerzo intelectual para comprender el sentido de la estrofa.

«Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano  
La noche se constela de lejanos fulgores;  
Cuando las dulces lenguas del Viento dan rumores  
Inauditos, y cuando sobre sus cumbres flota  
La inefable caricia de una armonía iguota,  
La luz presente al astro, la fe presente al alma...

— Pareces aburrida —le decía Margot—. Nada te entusiasma, nada te excita, nada provoca tus deseos antes en constante alerta.... ¿Estás enferma?... Después de Ernesto Gramont, ningún hombre te ha interesado. ¿No hay misterios en tu vida?

— No... ¿Por qué quieres que haya misterios?... Pero me siento cansada, y tus amigos, los chicos decadentes, me producen náuseas.

— Sin embargo, cuando Gramont se marchó me hablaste de atletas y de luchadores que te inspiraban ideas lascivas. ¿Ya no piensas en eso?

— Sí... á veces... La carne es siempre la carne, y, á pesar de no haber conservado ningún recuerdo agradable de mi último amante, experimento, muy á menudo, un ardor interno que me hace desear un beso de hombre, de macho poderoso... mas esos anhelos carnales no duran nunca largo tiempo... ¡Y estoy tan fatigada, á causa de las noches de Montmartre, á causa de tanto alcohol!

— ¿Y de tantos besos?

— No, no... Los besos no me hacen ningún daño... Lo que me cansa físicamente son las noches en vela y los licores... Tú eres de hierro, tú no te fatigas nunca.

— Es verdad, soy fuerte.

— Yo no... Y lo curioso es que mientras uno continúa desvelándose, no se nota el cansancio; pero después de dormir bien algunos días, se paga todo junto y se siente el cuerpo rendido como si no se hubiese acostado una en un mes...

El tiempo lluvioso de un final de invierno parisiense, contribuía á acentuar el estado de alma de la Muñeca.

— Creo que tú no has querido nunca á un hombre, de veras, de veras —la dijo Margot, después de contemplarla en silencio con sus ojos de fuego, durante algunos instantes.

— Tal vez... —repuso la marquesa indiferentemente; mas al mismo tiempo, una voz oculta pronunciaba á su oído, muy quedo, muy quedo, muy quedo, el nombre de Carlos...

## XXIV

Después de la lluvia menuda, gris y persistente de los últimos días helados, el cielo amaneció, de pronto, una mañana de marzo, vestido de azul luminoso y prematuro.

—¡Qué bello día! —pensó la Muñeca al respirar á plenos pulmones, con una voluptuosidad golosa, los efluvios tibios y perfumados que penetraban por la ventana entreabierta de su alcoba—, ¡qué bello día!...

El reducido paisaje suburbano que principia en el bosque de Bolonia y va hasta el parque de San Claudio, tomaba proporciones inmensas, gracias al brillo majestuoso de la atmósfera. El glauco Sena extendíase, á lo lejos, cortando con la franja luciente de sus aguas, la tierna y monótona alegría del campo.

«Quedarse en casa es un crimen —decíase Liliana—. Hoy es un día de fiesta para la naturaleza, y todos debemos gozar de él... Pero al mismo tiempo, ¿á donde ir?... ¡Si Margot viniera temprano!...»

Bañándose en la luz del sol y contemplando el ver de florecimiento de los árboles, los ojos de la marquesa recobraron la claridad casi infantil que había hecho que Carlos la bautizara, muchos meses antes, con el nombre de «la Muñeca».

«¿A dónde ir?». Versalles estaba muy cerca, con su jardín inmenso poblado de melancólicos recuerdos; con sus terrazas suntuosas, que

conservan aún la huella de reales y diminutos pies; con sus avenidas amplias solitarias y profundamente tristes, como todas las cosas que, después de ser alegres, no conservan sino el prestigio de sus antiguos esplendores... —París también estaba muy cerca, con la red infinita de sus calles animadas y de sus bulevares; con su vitalidad vertiginosa, con su perfume especial y su especial alegría... «¿A dónde ir?»

Después de haber almorzado con gran apetito, Liliana se decidió por París y dio orden á su cochero de conducirla al Louvre. Al llegar á la plaza de la Concordia, sin embargo, bajó del carruaje y recorrió á pie las arcadas interminables que van de las Tullerías á la plaza del Teatro Francés.

Vestida con un trajecillo ligero y modesto, que revelaba sus instintos bohemios, y peinada, como siempre, de un modo especial y llamativo, la viuda del noble marqués parecía más bien una *divette* de café-concierto que una dama millonaria. Al verla pasar, los hombres volvíanse hacia ella con miradas de deseo.

En el Louvre compró algo —¿qué?— cualquier cosa, una bagatela inútil, una pluma, un encaje, una cinta—, y luego dirigióse hacia la avenida de la Ópera, dispuesta á ir á pie hasta Montmartre en busca de Margot. Los rayos intensos del sol habían disipado las brumas de su alma, llenando de fantásticos é indeterminados deseos su cerebro caprichoso, haciendo vibrar sus nervios con vibraciones inquietantes, embriagando ligeramente su espíritu, y rejuveneciendo todo su ser erótico. El perfume de polvos de arroz y de violetas nuevas que flota en las tardes primaverales de París, excitaba sus sentidos y cubría de sutiles cosquilleos su carne insaciable. Todo, en las vastas y alegres calles, llamaba su atención, haciéndola detenerse á cada paso ante los escaparates de las tiendas, ante los kioscos de los periódicos, ante las columnas de anuncios teatrales; obligándola á volver la cabeza para ver á las mujeres que pasaban á su lado, ó para seguir, con el vuelo rápido de su vista, á los hombres que le parecían «interesantes».

Alentado por sus maneras frívolas y provocativas, un coracero la seguía, parándose cuando ella se paraba, rozándola con el brazo en las encrucijadas llenas de gente, tratando, en fin, de encontrar un pretexto para dirigirle la palabra. Liliana sonreía con cierto orgullo, oyendo el ruido de las espuelas. «Este militar me ha tomado por una *cocota* —decíase—, o por una actriz ligera, o por una burguesa amiga de aventuras... Me persigue con encarnizamiento... ¡Anda, anda, de prisa, chico!...» Y el paso de la Muñeca hacía más rápido, á medida que su imaginación y sus deseos iban exaltándose... «¿Será guapo?... Grnde sí lo es... y robusto también... pero guapo... ¿será guapo?... ¿y qué esperará para echarme un piropo?»

Las tentaciones carnales que habían atormentado sus noches solitarias después de los amores complicados de Ernesto Gramont, surgían de nuevo, en pleno día, del fondo de su sexo enfermizo, y sin tomar una forma neta pasaban ante sus ojos en caravanas de larvas de machos membrudos, vellosos, rígidos. —Si Robert hubiera estado allí habríale dicho que era «el ataque de histerismo». —Ella no se daba cuenta de lo que era; pero sentía que era algo de anormal y de obsceno, algo de físico, algo de irresistible; un deseo de sufrir materialmente; una enfermedad de la piel, de la sangre y de los nervios, que le producía sensaciones bestiales á la par que extáticas...

Poco á poco la calle fue desapareciendo ante su vista y sus sentidos no percibieron sino las fantásticas legiones tentadoras, la ardiente luz solar y el ruido in variable de las espuelas.

«... Me ha tomado por una *cocota* —seguía diciéndose— y me desea...» —La idea de ser tomada por una «profesional del amor» no la repugnaba— «... Es grande, es robusto... ¡anda, buen mozo, anda de prisa!...» —Su paso era rapidísimo... «¡anda, anda!... ¿y cuándo me dirá que le gusta mi talle?...»

Por fin, al atravesar una de las callejuelas silenciosas que principian en el bulevar, el coracero acercóse á ella:

— Señora, acaba Ud. de dejar caer su pañuelo...

Liliana sentía el brazo que rozaba su brazo y la voz que le hablaba, pero sin percibir el sentido de las palabras.

— ... Señora, permítame Ud. que le sirva de escolta. ¿Me permite Ud. que la acompañe durante algunos minutos?...

Envalentonado por el silencio de la que creía ser una «chica alegre» ó, á lo sumo, una actriz de costumbres ligeras, el militar le ofreció el brazo.

Una palidez súbita cubrió el semblante de la Muñeca y sus ojos se entornaron:

— ¿Me hace Ud. el favor, caballero, de buscar un coche?... Me siento algo mal... El calor...

... Ya encerrados en la caja estrecha del *simón*, el coracero explicó sus deseos con una petulancia fanfarrona que habría parecido grotesca en otras circunstancias á la antigua querida de Carlos, pero que, en ese instante, despertó violentamente su sed de besos brutales y de brutales caricias.

— ¿Quiere Ud. venir á mi casa, señora?

— No; vamos á la mía, puesto que yo soy libre.

Al entrar en el bosque, Liliana bajó, con un ademán febril, las cortinas azules de las ventanillas, y convirtió el *fiacre*, durante algunos minutos, en ambulante alcoba...

Por la noche la Muñeca dijo al militar:

— No te marches.

... Y el militar no se marchó... Y una semana más tarde, ni ella, ni él, habían salido de la casita de las inmediaciones de París...

## XXV

Cuando Robert acabó de hablar, Carlos le dijo, tratando de parecer alegre:

— Tú serás siempre un farsante, capaz de burlarte de lo más sagrado para hacer reír á los amigos... ¿Le has dicho que te casas con ella?... Está bien, puesto que sólo de ese modo puedes lograr lo que te propones. Ahora de lo único que se trata es de que ella no se lo cuente á todo el mundo para que los que no te conocen...

Bruscamente, Robert interrumpió á su amigo:

— ¿Entonces tú también te figuras que se trata de una broma? Yo te creía, sin embargo, más listo que los demás... ¿Por qué ha de ser una broma?

— Porque tú no puedes casarte.

— ¿Y por qué no he de poder casarme yo, lo mismo que todo el mundo?

— ¿Casarte con una...?

— Dilo con franqueza: con una zorra... ¿no era eso lo que ibas á decir? Pues bien: me caso con Margot, que, al fin y al cabo, no es tan perdida como muchas marquesas viudas.

Carlos comprendió la alusión y repuso con sequedad:

— No hablemos así.

Luego, enternecido:

— Yo te quiero como á un hermano mayor y, por lo mismo, me entristece ver que un capricho que todos hemos contribuido á fomentar en tu corazón ha llegado á convertirse en verdadero y ciego amor. Siendo débil, lo mismo que los demás hombres en general, puedo decirte que vas á cometer una locura muy grande, lo cual no quiere decir que yo sea incapaz de cometer otra más grande aún. En cuestiones sentimentales, todo es natural, y lo más natural de todo es el crimen y la demencia. Por otra parte, tú debes de conocer á Margot mejor que yo y saber lo que te espera... Si te he ofendido, dispénsame, y ten la seguridad de que tu mujer será siempre, para mí, la más respetable de las mujeres... Pero no hablemos más de eso; ¿quieres?...

Robert enjugó las lágrimas que temblaban en sus párpados enrojecidos y marchitos. Su rostro, prematuramente envejecido, crispábase á cada instante con un temblor nervioso que hacía más profundos los surcos de sus mejillas.

«¡Pobre hombre! —pensaba Carlos—. ¡Pobre amigo, cuya máscara de cruel ironía y de impenetrable escepticismo desaparece al más ligero soplo de la verdadera pasión, convirtiéndole en débil juguete del Destino ó de la Lujuria... ¡La Lujuria!... ¡El Destino!... Yo también quise burlarme de ellos, creyéndome fuerte, y no logré sino inferir á mi alma una herida incurable... ¡Pobre amigo!...»

Después de un largo y penoso silencio, Robert preguntó á Carlos:

— ¿Me guardas rencor por lo que acabo de decirte?

— ¿Rencor?... ¡No seas niño! ¿Por qué te he de guardar yo rencor?...

— Es verdad que yo no he dicho nada que pueda ofenderte, pero tú tampoco... y, sin embargo, tu modo de hablar de Margarita me ha hecho más daño que una bofetada... Por eso me figuré que mi alusión á la Muñeca...

— No hablemos de eso que pertenece ya á la historia antigua; hablemos de ti.

— No; tampoco de mí, puesto que tú también me consideras como un imbécil á causa de mi determinación definitiva. Te juro que, en cuanto me case, me marcharé á vivir al campo, muy lejos, con mi mujer y mis libros...

Carlos no pudo contener un nuevo impulso de extrañeza:

—Pero ¿es cierto, cierto?...

— Sí.

— ¿Entonces, á pesar de las apariencias, tú no has conseguido aún nada con ella?...

— Sí... Hace más de quince días que vivimos juntos.

— En ese caso, no me lo explico...

— Yo tampoco... Esas cosas no se explican nunca... Son locuras, son la obra de la fatalidad, son lo que te dé la gana... pero son la vida misma con su fuerza irresistible. Son cosas que se hacen y que no se explican... Tú mismo serías capaz de hacerlo si te encontrases en mi situación... ¿no es cierto?

Carlos no se atrevió á responder una palabra, temeroso de ofender á su pobre amigo.

— Voy á decirte la verdad —prosiguió Robert—: me caso porque estoy loco, porque la adoro, porque entre ella y el honor, me quedo con ella... Yo conozco su vida mejor que nadie, y sé que ha sido la querida de Plese, de Rimal, de Delmonte y de otros muchos. Sin embargo, me caso, no porque ella me lo exija, sino porque yo lo deseo... Y no te figures que soy de los que creen que un hombre puede redimir á una Dama de las Camelias rodeándola de dulces ejemplos de bondad y encerrándola en el círculo estrecho de las caricias honradas... No... Para mí, la prostituta sigue siendo prostituta á pesar de todo, y cuando sale del fango, lleva el fango consigo misma, en el alma y en el cuerpo, para salpicar el lecho

nupcial, para manchar á sus hijos, para ensuciar el camino por donde pasa... Margarita seguirá siendo la criatura malsana y viciosa que conociste tú y que conocieron todos; mas su vicio no será sino mío... sólo mío... enteramente mío, y se confundirá con mi propio vicio en el lecho de fango en que los dos nos revolcaremos, lejos de todo el mundo. Y además, yo no detesto esas almas misteriosas y oscuras en las cuales se confunde la bestialidad con la tristeza sensitiva, el amor con el desprecio de la carne, y la exquisitez más sutil con los más violentos instintos... ¡Si hubieras visto á Margot cuando le pregunté si quería ser mi mujer para toda la vida!... Figurábase ella que yo le ofrecía un concubinage eterno, y al ver que se trataba de un matrimonio verdadero, echóse á llorar entre mis brazos como una chiquilla de diez años... Los besos de tal instante valen mil veces más que todos los honores que el porvenir pudiera reservarme...

Carlos recordó, con tristeza, otra ocasión en la cual su amigo le había hablado, en términos muy diferentes, del riesgo de las pasiones y de la vida de familia. «Hace tiempo —pensó— este mismo hombre me decía que abandonase á Liliana porque nosotros no debíamos tener grandes pasiones... y hoy que se trata de su propia persona, de su vida futura, de su honor y dicha personales, en vez de razonar con más juicio, razona como un demente. Así somos todos: sabemos dar cuerdos consejos á los demás y no guardamos para nosotros sino los razonamientos delirantes»... Luego su imaginación percibió, en las lejanías del Futuro, la vida atormentada de Robert envejecido antes de tiempo, siendo el esclavo de una mujer sin sentimientos y sin escrúpulos, cuyo perfume lascivo había convertido ya al fuerte luchador del pensamiento moderno en una bestia instintiva, hambrienta de carne joven y de sabios besos. Ante ese miraje lamentable, su propia soledad, amargada por el recuerdo palpitante de Liliana, aparecíale como la más bella de las existencias.

## XXVI

Durante algunos días, Carlos siguió consolando sus íntimas penas con la idea de las penas que esperaban á su amigo en la vida matrimonial. «¡Casarse con Margot!» Lloreda no comprendía cómo Robert había llegado á tal extremo de aberración pasional. «La lucha de ese hombre —decíase—, la lucha interna contra los prejuicios sociales, contra las ideas de casta y contra el orgullo nativo, debe de haber sido espantosa... Todo en él debe de haberse rebelado contra un matrimonio semejante, y, sin embargo, ciego al fin, y vencido por la carne, ha hecho la voluntad de la lujuria... ¡oh, la Lujuria! Para resistir á sus tenaces embestidas, á sus reclamos de fuego y á sus ligaduras formidables, es necesario poseer el alma de Julien Sorel... y los Sorel no existen sino en las novelas! Stendhal, que fué el creador de las más fuertes encarnaciones de la voluntad, vivió siempre á la merced de mil caprichos de mujeres...»

Una cosa extrañaba mucho á Carlos, y era que Robert no le hubiese pedido que le sirviera de padrino para su boda. ¿Sería por temor de un desaire? ¿Sería porque Margot había pensado ya en servirse de la Muñeca como madrina?... Esta duda llenaba de inquietud su corazón enfermo, y la idea de que Liliana se asociase á semejante acto de inmoralidad contra Robert, le parecía inaceptable, pues, á pesar de su desprecio profundo por la vida de su antigua querida, repugnábale creerla capaz de cometer una suprema ironía, ayudando á casar á una chica depravada con un hombre leal y

noble. «No —pensaba— no lo hará... Liliana no es tonta, y si hace de su cuerpo un sayo, es porque tiene derecho para hacerlo... Pero contribuir a que su compañera de vicio envenene para siempre la existencia de Robert, no sería una falta, sino un crimen, una burla macabra... no, no lo hará...»

Sin embargo, Robert mismo le dijo la víspera de la boda:

— No te suplico que me acompañes a la alcaldía, porque tendrías necesidad de encontrarte al lado de la Muñeca.

— ¿Has invitado a Liliana?

— Sí... la ha invitado Margarita... ya tú sabes lo mucho que se quieren.

Sin poder contener su indignación, Carlos exclamó con sarcasmo:

— ¡Vaya si se quieren!

— ¡Rencoroso! —concluyó Robert campechanamente—. ¡Tú no puedes perdonar a las mujeres un pasajero extravío de los sentidos inconscientes! Nosotros también hemos hecho mil barbaridades, y no por eso somos ningunos monstruos. Es una pura hipocresía exigir la pureza de la mujer en cambio de nuestra impureza. Yo creo, como Björnstjerne, que el hombre que no es virgen no debe casarse con una mujer virgen... En el fondo, todos somos iguales, chico.

## XXVII

La víspera del casamiento de Margot, Liliana llamó aparte á Robert.

— ¿Te acuerdas de tu célebre carta? —le dijo.

Muy avergonzado, el periodista repuso:

— Mi carta... ¿Qué carta?

— No te hagas el tonto: la carta que escribiste á Carlos diciéndole que Margot y yo...

Para no sentirse herido por el final de la frase Robert interrumpió:

— ... ¡Perdóname!...

— No se trata de perdones. Se trata de que en esa ocasión fuiste el más infame de los calumniadores.

— ¿Yo?

— Sí; tú... Porque ni tu mujercita ni yo hemos tenido nunca relaciones más que fraternales. Hemos sido amigas, nos hemos querido mucho, y nuestras zalamerías han podido, en apariencia, ser pecaminosas; mas en el fondo nada tan inocente como nuestras caricias y nuestros besos. Te lo juro...

— En ese caso, debiste decirlo desde luego á Carlos.

— No. Yo deseaba recobrar mi libertad, y aproveché tal pretexto como habría aprovechado otro cualquiera. Tengo la locura de la independencia. Todos los yugos me pesan... aún los más agradables.

— Es cierto... ¿Y tu militar?

— Ya no lo veo. Al cabo de quince días, los hombres me repugnan. El único á quien quise largo tiempo, es Carlos.

— ¡Pobre Carlos! Ahora que me aseguras que la causa de vuestra ruptura fue una ligereza mía, me siento lleno de emordimientos. El recuerdo de sus penas amarga mi alegría. ¡Pobrecillo!

— ¿Tú eres de los que creen en el amor de los hombres?

Y, luego, enternecida:

— Ya se habrá consolado con otras.

— Sí; naturalmente. Un hombre de su edad, guapo y famoso como él, dispone de mil elementos de consuelo... Se consolará ó se habrá consolado, no hay duda... Sólo que el consuelo es siempre triste, puesto que supone un sufrimiento anterior. Un hombre que se consuela es como un hombre que se cura de una enfermedad: el recuerdo del mal subsiste siempre... Y lo curioso es que, á medida que pienso en mi mala acción, dudo más y más de haberla cometido por el cariño que le tenía á él y no por el odio que sentía contra Margot. ¡A cuántas tonterías nos obliga el amor!... Tú eres la más feliz de las mujeres, gracias á tu carácter variable.

Liliana sonreía melancólicamente.

— No hay duda de que eres feliz —prosiguió Robert—. Bella, rica, inteligente, sin pasiones durables, ¿qué más quieres? En cambio, Llorede tendrá que padecer mucho antes de casarse con una mujer que lo comprenda y que lo adore.

— ¿Crees que va á casarse?

— Me parece natural.

A la Muñeca no le parecía aquello natural. La idea de que su antiguo amante pudiese unirse para siempre á otra mujer, no se le

había ocurrido nunca. Que se casara Ernesto Gramont, que se casara el militar, que se casaran los demás hombres que habían dormido en su lecho durante algunos días, enhorabuena; —¡pero Carlos no!— Carlos había sido «demasiado suyo» para que ella aceptase la perspectiva de verse olvidada en absoluto por él.

Liliana se había separado de su primer amante después de haber sufrido, en cierto modo, de lo que Bourget llama *Adolfismo*, — enfermedad psicológica que consiste en desear la libertad erótica sin dejar de querer al esposo ó al querido. «Eleonora —dice Claudio Larcher— me parecía insoportable cuando vivía conmigo; pero su amor ocupaba toda mi vida. Una vez esa ocupación abolida, no sé en qué emplear mi tiempo. Las tres ó cuatro horas que ella me robaba antes, ¿en qué ocuparlas ahora? Lo único que se necesita para obligarme á llamar de nuevo á su puerta, es una circunstancia especial.»

Sin darse una cuenta muy exacta de su propio y prolongado estado de alma, Liliana venía experimentando, desde el día de su rompimiento con Carlos, algo parecido á lo que se sentía el amante de Colette Rigaud en ciertas ocasiones. Habíase separado de Lloreda para ser libre, y luego la libertad no pudo proporcionar la nunca sino goces rápidos y poco apreciables. Muy á menudo su imaginación la llevaba á pensar en Carlos; pero como ella le creía siempre libre y siempre «suyo hasta vierto punto», casi no sufría al entretenerse en acariciar el recuerdo del único hombre que no había sido un «puro capricho de sus sentidos».

... Y de pronto la imagen de «su iniciador» aparecíale unida á otra imagen rival. Esa visión la obsesionaba.

Viéndola preocupada, Robert la interrogó:

— ¿Qué tienes?

— Nada, nada —repuso ella.

Y un instante después murmuró, como hablando consigo misma:

— «¿Se casará realmente?»

— ¿Por qué no se lo preguntas?

— Yo no le veo nunca. Y es una pura curiosidad. Nada más.

— ¿Quieres que le invite á nuestra fiesta de mañana?

— ¡No! ¡no!

— ¿No?...

— Además, él no querría venir á mi casa, ni aun como amigo.

— Tal vez sí.

— Al fin y al cabo, la fiesta es tuya; puedes invitar á quien se te antoje...

— ¡Hipócrita! Te conozco mejor que nadie, y sé que querrías verle... y hasta algo más...

Poniéndose colorada, la Muñeca se echó á reír nerviosamente.

En seguida dijo:

— ¡Invítale!

## XXVIII

Al levantarse, Carlos encontró sobre su mesa de trabajo una carta de Robert. Abrióla y comenzó á leer:

«Te escribo en el café, aprovechando un minuto de libertad... Porque ésta es una carta secreta que ni mi *futura* ni tu *pasada* deben conocer. Estírate las orejas y no te caigas de espaldas al enterarte de mi revelación: ¡Liliana te adora aún!...»

Carlos leyó de nuevo:

«Liliana te adora aún...»

¿Sería una broma?

«... Liliana te adora aún!»

La carta continuaba:

«Acabo de hablar con ella largamente y me ha suplicado que te invite á nuestra fiesta de mañana. ¿Comprendes? Si no comprendes es porque te has vuelto tonto... Pero iya lo creo que comprenderás! Le he dicho que si tú y ella se veían de nuevo, tenía que ser para reanudar vuestras antiguas relaciones amorosas. Su respuesta fué: «¡Invítale!» Te invito, pues, no para cenar humildemente con nosotros, sino para hacer algo mejor, que vendrá después de la cena, y que durará mucho tiempo. (... ¡Oh lechos esculpidos por Dampt, ya os oigo gemir!...) Te invito á la reconciliación, á la dicha,

al olvido de las querellas pasadas; y al hacerlo cumplo con un deber sagrado, pues estoy seguro de que la Muñeca y Margot fueron sencillamente amigas *sin más*... Te lo aseguro; ipero no hablemos de eso! Esta noche, á las nueve, á las diez, á las once, á la hora que quieras, en casa de Liliana...»

Indignado y colérico, Carlos rompió la carta sin acabar de leerla.

«iIr e ese lugar donde ella ha dormido con otros!... iPues no faltaba más!... iNo; ni aun pensar en eso!...»

«iLa Muñeca había muerto para él!...»

Con aparente tranquilidad, tomó un libro y se puso á leer; luego trabajó durante algunas horas; enseguida salió á dar un paseo.

A cada instante se decía, como respondiendo á sus propios deseos y á sus propios impulsos:

«iNo iré! ino iré!... iPues no faltaba más!... iNo iré! iRobert se figura que todos somos tan débiles como él!... iNo, no, no iré!»

Las penas infinitas que hasta entonces había sufrido con resignación, se le agolparon en el alma repentinamente, con una precisión rabiosa.

En vez de halagarle, el nuevo amor de la Muñeca lo humillaba. «iAcaso era él un instrumento que podía abandonarse y recogerse enseguida conforme á los caprichos de una mujer más ligera que las *ligeras* de profesión?»

Liliana lo había engañado con Margot («sí, sí, á pesar de lo que creía inocentemente Robert... sí»); luego había profanado su amor entregándose al primero que pasara por la calle... Los que no habían dormido con ella, era porque no habían querido...

... «iNo iré!»

Después de haber *monumentalizado* su odio contra la Muñeca, tratándola mentalmente como á la más infame de las prostitutas, Carlos sintió una inquietud extraña y una extraña persistencia de su

antiguo amor. ¡La había querido tanto! Pero estaba decidido á luchar contra sí mismo, á no «dejarse sufrir», á no pensar en ella.

En cuanto á ir, de ningún modo.

«¡No iría!... no, no, no; ¡no iría nunca!»

## XXIX

Los amigos de Robert y de Margot limpiábanse las frentes sudorosas, después del cotillón final.

Todos parecían alegres.

En un extremo de la gran sala oro y púrpura, de pie junto á una de las ventanas, una mujer permanecía inmóvil, abanicándose con una nerviosidad vertiginosa, sin tomar parte en la animación general. Esa mujer era Liliana, que pensaba en su antiguo amante y que se decía a sí misma por centésima vez:

«No vendrá... Es un hombre fuerte... No quiere volver á verme... Prefiere casarse con otra cualquiera... ¡No vendrá!...» La orquesta preludiaba el *Desfile* de Gorsis, y las mujeres pedían ya sus abrigos.

Eran las cinco de la madrugada. —El cielo comenzaba á teñirse de áureos y suaves matices.

De pronto, un lacayo anunció en voz alta:

— ¡El Sr. D. Carlos de Llorede!

«¡Pobrecillo! —pensó Robert al ver entrar á su pálido amigo—. ¡Cuánto debe de haber sufrido antes de decidirse a ser feliz de nuevo!»

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**